



Recarbonización

Alfonso Carrera

PROGRAMA
EDITORIAL
CHIHUAHUA

2023

Recarbonización

Alfonso Carrera



Colección
Soltar las Amarras



Marco Antonio Bonilla Mendoza
Presidente Municipal de Chihuahua

María Fernanda Bencomo Arvizo
Directora del Instituto de Cultura del Municipio

Vocales Editorialistas

Gustavo Macedo Pérez
Victoria María Montemayor Galicia
Luis Fernando Rangel
Alfonso Omar Granillo
Claudia Kareli Reyes Castruita

Heber Mauricio Rivera Anguiano
Fomento a la lectura

José Santillanes
Programa Editorial

 **@somoscreatura**
Diseño y maquetación

Avenida Juárez y calle Sexta,
#601, C.P. 31000, colonia centro.
ISBN 978-607-59944-2-0



Prohibida la reproducción total o parcial del contenido de esta obra por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, sin permiso previo por escrito del autor y del Instituto de Cultura del Municipio de Chihuahua.

PRIMERA EDICIÓN / AÑO 2023



En la visión que hemos impulsado desde el Gobierno Municipal para hacer de Chihuahua Capital una ciudad más competitiva, la cultura es parte indispensable, al ser pilar fundamental de la sociedad.

A través del Programa Editorial de Chihuahua fortalecemos a las y los artistas locales. Nuestro compromiso es apoyar las expresiones artísticas del talento chihuahuense.

Ustedes son la razón por la cual la literatura chihuahuense florece y se expande. Es gracias también a su trabajo que motivamos a la comunidad a disfrutar de la lectura.

Soy un convencido de que la cultura literaria debe conservarse como un elemento básico en el pensamiento comunitario. La lectura empodera, nos abre las puertas hacia la reflexión, el conocimiento y la transformación de realidades. Un libro tiene el poder de abrir la mente, de explorar mundos imaginarios, de conectar con emociones profundas y ampliar perspectivas.

Las creaciones literarias que integran la edición del PECH 2023 ahora serán parte del acervo cultural de nuestro municipio. Sus letras trascenderán más allá de una manifestación artística escrita, ahora son huella de su espíritu y simbolizan su tránsito cultural en esta comunidad chihuahuense.

Así pues, con mucha emoción, presentamos la nueva entrega de este programa editorial, que se ha consolidado como un semillero y una plataforma para los guardianes de las letras. Que estos libros sean la inspiración para aquellos que sueñan con contar sus propias historias y dejar una huella en el mundo literario.

¡Enhorabuena!

Marco Antonio Bonilla Mendoza
Presidente Municipal de Chihuahua

En este año 2023, el Programa Editorial Chihuahua continúa posicionándose como una plataforma indispensable para todas y todos los autores de nuestro municipio. Las letras, vehículo innegable del pensamiento humano, nos ayudan a fomentar no solo el pensamiento crítico, sino que nos ayudan a expresarnos, formar comunidad, y entendernos como seres humanos.

Este año se publicaron 10 títulos de autoras y autores, tanto con trayectoria, como nuevas plumas, quienes indudablemente llevarán la literatura chihuahuense a nuevos puertos. Su poesía, su narrativa, su teatro, sus expresiones artísticas, fungirán como un faro para todas aquellas personas interesadas en encontrar su lugar, ya sea como lectoras o lectores, o bien como artistas de la palabra.

El Programa Editorial Chihuahua sigue siendo casa de grandes artistas, y seguirá siéndolo. Las puertas del PECH se abren nuevamente para recibir las ideas, las expresiones, y la reflexión que transforman al municipio de Chihuahua en un oasis de arte y cultura.

Me es muy grato presentar a ti lectora, a ti lector, este libro, y esta colección PECH 2023. Una colección que continúa manando de mentes creativas imparables que siguen deleitándonos con sus letras. Este libro es una prueba fehaciente de ello.

¡Enhorabuena!

María Fernanda Bencomo Arvizo
Directora del Instituto de Cultura del Municipio de Chihuahua

Proemio

Desde el año 2013 coordino en Chihuahua el taller de creación literaria “Ray Bradbury”. En ese espacio conjurado para la invocación de la escritura creativa, he podido conocer jóvenes con enormes aptitudes y entusiasmo para escribir historias. Sus avances me complacen al saberme artífice de ese crecimiento, pero la llegada de Alfonso Carrera a dicho taller, me otorgó el privilegio de ser tutor de alguien que posee extraordinarias cualidades para literatura.

Por tal razón, es un honor formular estas líneas para el presente libro de Alfonso—el primero de muchos que escribirá— pues su capacidad para concebir mundos emerge de una notable madurez y complejidad, lo cual lo ha llevado a crear esta colección de trece cuentos de ficción especulativa, obra que destaca por su armonía narrativa y el sutil andamiaje de sus planos compositivos, situando a sus personajes en

escenarios extraordinarios para enfrentar situaciones limítrofes; es de tal modo que su autor hilvana una aguda reflexión sobre la condición humana, valiéndose de evocaciones significativas sobre lo que representa nuestra existencia, experimentando con las configuraciones del lenguaje por medio de enunciados eficaces, intensos y accesibles.

En la actualidad son pocas las personas que logran concretar una producción literaria con virtudes que solo la mejor narrativa puede ofrecer, y en efecto, con sus cuentos Héctor Alfonso lo ha logrado, desplegando ante nosotros nuevos caminos para la reflexión, el asombro y la imaginación.

Así pues, sirva este breve prólogo como una invitación para leer este magnífico libro. Que lo disfruten.

JORGE GUERRERO DE LA TORRE

Agradecimientos

A mis padres.

*A Jorge Guerrero de la Torre y Gerardo Segura,
quienes zarandearon las letras de estos textos.*

Varios de los textos que conforman esta colección fueron producidos gracias al apoyo del Programa de Estímulos a la Creación y Desarrollo Artístico “David Alfaro Siqueiros”, de la Secretaría de Cultura de Chihuahua, emisión 2021.

Recarbonización

Alfonso Carrera

Parte I:

Recarbonización

Arte poliédrica

Minit 6 y Minit 10 observaban esa pintura en el museo. El cuadro, con forma rectangular, había llamado su atención.

Observaban de pie, inmóviles, sin provocar el menor ruido. Sólo se escuchaba el sutil sonido de sus procesadores. Daba la impresión de que llevaban no horas, sino días apreciándolo.

—Mira Minit —dijo 6, quien evidentemente llevaba más tiempo en el mundo—: ese es un claro ejemplo de un homo sapiens.

El cuadro era un deforme retrato de una figura humana que, por causas desconocidas, estaba partido en minúsculas figuras geométricas. Cada forma tenía un color distinto, conformando combinaciones de tonos rojos y azules. En ciertas áreas, las figuras se mezclaban, dando lugar a figuras irregulares y tonalidades moradas.

—Eso no es un hombre. Sus rasgos son imperfectos.

—Pero eso le da belleza, Minit. Cada trazo curvo asemeja un borde. ¿Acaso no cabe la menor posibilidad de que fuera ejecutado con ese fin? ¿El de la imperfección?

—¡Son errores! ¡Todo lo que dejó atrás la humanidad fue un error!

Pensó por un momento: ¿Somos un error?

Principio Auditivo

Aun cuando las constelaciones marcaban la hora sobre las montañas de Amomum, el aura de la vela serpenteaba tras el marco de la puerta. Kiliya, recostado sobre una cama rellena de cientos de raíces petrificadas, quiso retomar el sueño. Todavía se escurrían los reflejos estelares sobre su ventana, que poco a poco se desvanecían con la llegada de la luz del pasillo. Unos suaves toques provinieron de la losa que servía como puerta. Harto de sus intentos por conciliar el sueño, decidió levantarse y deslizar la losa de la celda donde se alojaba. Se encontró con Dadoi, su instructor, quien portaba un abrigo adornado de múltiples aros rojizos cuyo corte se extendía hasta la punta de sus rodillas. Kiliya se preguntó por qué Dadoi llevaba prendas ceremoniales.

—En nombre de Roa.

—Quien la siembra controla. Hola Dadoi.

El instructor lanzó una mirada de preocupación al seminarista y se adentró sin su consentimiento a la celda. El lugar era bastante rústico: la losa era igual a la de las escalinatas del templo, las paredes de estuco permanecían desnudas, y el baúl que acompañaba la cama continuaba resquebrajándose ante el paso de las vespertinas heladas. La habitación era idéntica a como él mismo la había dejado antes de ser ascendido. Respiró un aire de melancolía. A continuación, se dirigió a hurgar las prendas almacenadas en aquel mueble rechinante.

—Deberás vestirme cuanto antes. Tenemos un juicio por delante.

—¿Disculpa?

—Es Melgo. El sacerdote Harkuv ha decidido probarlo ante Roa ahora mismo.

—¿Cómo dices?

—¿Qué no entiendes?

El seminarista negó con la cabeza. Dadoi estuvo a punto de reprocharle su ignorancia, mas decidió recapitular sus pensamientos. Sus prendas, tejidas con los pétalos de la sagrada planta de Amomum, le provocaban una despreciable comezón que atormentaba su piel. Se sentía disperso.

—Mis disculpas, Kiliya. Es evidente que no lo sabes. No tendrías razón para saberlo, de hecho. Esta madrugada el diácono Melgo ha sido detenido en la plaza del pueblo. El sacerdote lo ha sorprendido esparciendo especulaciones inconcebibles.

—¿Qué? ¿Cuáles especulaciones?

—No quieres saberlas. Fueron tantas infracciones que perdí la cuenta. Pero si tienes alguna duda respecto a la cantidad, puedes preguntárselo al sacerdote. Tengo entendido que él memorizó cada una de ellas.

—¿Y qué hay en su defensa? Creía que los acusadores no podían listar cargos sin ser aprobados por un tercero.

—Sí, convencionalmente ese es el caso. Yo mismo ocupé ese puesto, pero te he dicho que no he podido llevar la cuenta. Confío en la honestidad de Harkuv, si eso te preocupa.

Dadoi se dirigió hacia la loza.

—Anda —continuó—. Melgo te ha elegido para que testifiques en su defensa.

—¿Yo? No, no puedo hacer eso. No sé nada al respecto.

—¿Ves? Eso te convierte en un candidato aún más transparente. Sé optimista. ¡Será la primera ceremonia llevada a cabo en el templo de Roa! Vístete lo más pronto posible. Te esperaré afuera. Con ello, la losa se deslizó de nuevo. Kiliya se arrepintió de haber abandonado su batalla por conciliar el sueño al haber respondido al visitante. A veces, si dormía sin cuidado, los tallos de

la planta sagrada que acolchonaban su cama llegaban a provocarle una comezón intensa. También él mismo había perdido la cuenta sobre cuántas noches lidiaba con el insomnio.

Al salir de la colegiata donde residía, los demás seminaristas se preparaban para la ascensión al santuario. Las especulaciones se esparcían a una velocidad alarmante. Algunas circulaban en torno a la apariencia del templo. Otras, sobre las infracciones del enjuiciado. Unas cuantas simplemente hablaban sobre el por qué la ceremonia se debía llevar a cabo a aquellas horas de la madrugada. La mayoría de ellos eran jóvenes.

Dirigidos por Dadoi, emprendieron la marcha cuesta arriba. A las faldas de la montaña, las luces del pueblo se perdían entre la rojiza fluorescencia de los cultivos sagrados. El templo, no antes visto por los aprendices, residía en la punta del terreno empinado. Las comunidades de Amomum se asentaban a través de la cadena montañosa, y su capital se posaba como aquella de mayor elevación.

Kiliya recordó una de las últimas noches en las que había tenido contacto con Melgo. El diácono le cuestionaba sobre la educación en la colegiata.

—¿Te han enseñado por qué el santuario de Roa se encuentra tan alto sobre Amomum?

—Creo que es para que se escuche mejor. Si Roa queda hasta arriba, puede llamar a cualquiera que ande por las montañas aprovechando el eco.

—Es curioso. Sus maestros verdaderamente viven en la sordera cognitiva.

—Oye. Puede que Roa te escuche.

Melgo le lanzó una mirada de incredulidad.

—He estado ahí arriba. Te aseguro que no nos ha prestado atención. Él tiene otras cosas en la cabeza.

—¿Qué cosas?

—Números. Cosas como él piensan con bastante claridad. Por eso acudimos cuando necesitamos respuestas concisas. Las deidades no piensan con fe.

El templo ya se divisaba al frente. Se elevaba de manera severa ante los visitantes. Los dos diáconos más ancianos esperaban en la entrada. Detuvieron al grupo, y les indicaron que esperaran por unos minutos. Uno de los diáconos se adentró en la estructura a través de una diminuta puerta adyacente a los inmensos portones. Algunos de los jóvenes preguntaron si podían desayunar primero, a lo que no obtuvieron respuesta.

—Kiliya —llamó Dadoi—. Acompáñame aquí un momento. El diácono mayor quiere hablar contigo.

El seminarista hizo reverencia ante el anciano. El hombre, asintiendo con la cabeza, le hizo una señal para que se le acercara.

—El acusado te ha elegido para que lo defiendas en el juzgado. Antes de que comience la ceremonia, te posicionarás a un lado de los diáconos. Cuando se te dé la indicación, darás tu testimonio al respecto.

—Entendido.

—¿Qué relación tienes con el acusado?

Melgo había sido una de sus personas más cercanas antes de su iniciación en el templo de Roa. Lo había protegido durante momentos complejos, e incluso había sido él quien lo convenció de unirse a la colegiata.

—Lo conozco poco. La última vez que hablé con él fue hace más de dos meses.

—Entonces he de preguntarte si conoces la causa del juicio.

—La desconozco.

El anciano, casi apenado, tragó saliva antes de darle respuesta.

—El acusado ha propagado una blasfemia en el pueblo. Proclama que aquél que controla la siembra no es más que una máquina oculta en el templo.

Kiliya no hizo comentario alguno.

—He de advertirte que su cargo es inaceptable. Ante el juicio de Roa, la sanción más misericordiosa corresponde al destierro de Amomum. De la misma forma, estás comprometido a decir no más que la verdad a lo que se te cuestione, o en caso contrario correrás el riesgo de ser enjuiciado. En nombre de Roa.

Kiliya asintió con dificultad.

—Quien la siembra controla.

El seminarista se retiró a la fila junto a los otros visitantes. Finalmente, se les permitió adentrarse al templo a través de la puerta adyacente. Los dos diáconos acomodaron en formación ceremonial a los recién arribados, de manera meticulosa. El templo, diseñado para hacer resonar toda palabra hablada, consistía en ocho hileras de ocho columnas, de las cuales dos fallaban en manifestar imponentia. Roa era un ser casi sordo, por lo que la estructura estaba diseñada con el propósito de comunicarse con él de manera efectiva. Las paredes reflejaban una luz fría y saturada sobre una piedra lisa perfecta, pulida con las herramientas más finas de la región. Un pasillo a desnivel atravesaba el establecimiento, desembocando en un oratorio minimalista ante el rostro del ser absoluto.

El altar, consistente en una serie de esculturas hincadas en posición de oración, evidenciaba un nivel de pulcritud enfermizo,

aunque se podía apreciar su desgaste natural desde cierta distancia. El rostro de la deidad resultaba inexpresivo, con una inexorable pesadumbre de atemporalidad sofocante. Indudablemente, el poder opresivo de su figura penetraba a cualquiera que orara ante él.

El recinto del ser absoluto había sido afinado progresivamente durante años, sin una fecha de finalización concreta. Resultaba difícil para los sacerdotes establecer una fecha determinada en la cual se alcanzaría el mayor grado de perfección, asequible para los artistas de Amomum. Una broma popular argumentaba que tanto tiempo se había invertido en la edificación del templo que, para su fecha de terminación, Roa habría quedado completamente sordo.

Esperaron un tiempo considerable. El entusiasmo de los asistentes fue decayendo mientras la espera se extendía. De los seis mandamientos que el templo de Roa exigía, el de mayor relevancia era el sexto, cuyas indicaciones establecían el silencio absoluto ante la presencia de la deidad. Sin embargo, los jóvenes, decepcionados de la experiencia, perdieron el interés de asegurarse de su cumplimiento, a excepción de los dos servidores más ancianos.

Dadoi se dirigió sigiloso hacia Kiliya. Con una falsa lágrima en el dedo y tapándose la boca perezosamente para no ser escuchado, le habló:

—¿Sabes algo? La última vez que ascendí aquí reporté una piedra atascada en los rieles de los portones.

—¿Crees que los hayan retirado?

—Considerando el método de entrada, me pregunto lo mismo. ¿Crees estar listo para la ceremonia?

—No lo sé —confesó—. No me siento preparado. Me alejé de Melgo por un tiempo. Creo que tuve una pelea con él. Aun así, siento que no sé lo suficiente de la situación para ocupar este puesto.

—Era un joven atento, quien tendía a apoyar a quien lo necesitase. Vaya, físicamente se veía muy despierto. Pero poco a poco fue perdiendo la compostura. Ahora, después de múltiples accidentes frente al sacerdote Harkuv, no parece que tenga vuelta atrás.

—Debes hacer una intervención. No veo razón para que Melgo no pueda recibir un amparo.

—No Kiliya, no comprendes. Melgo tuvo la osadía de rebajar a Roa. Sencillamente es inaceptable. Puede que Harkuv sea un hombre severo, pero las reglas no fueron establecidas por él.

Con un irritante ruido, los portones del templo fueron abiertos. Los jóvenes se estremecieron al ver al sacerdote junto a los dos guardias que cargaban a Melgo, inmovilizado por la fuerza. Harkuv, por su parte, parecía irradiar felicidad al encontrarse con los sacudidos rostros de los presentes ante su llegada triunfal. De una u otra forma, ignoraba el desfavorecedor ruido causado por los portones, que al abrirse aterrorizaron a los asistentes del evento.

Harkuv sacó una delicada artesanía de su bolsillo, y la manipuló con notable brusquedad. A continuación, ciertas luces sagradas fueron resplandeciendo sobre los cráneos de las figuras. Unas formas geométricas delineadas con precisión brillaron desde los bordes de la reliquia. En cuanto el sacerdote comenzó a acariciarla con contrastante delicadeza, las luces se fueron asentando en su característica forma de halo sólido. El resto de las fuentes de luz externas fueron recalibradas al instante.

El sacerdote, intencionalmente alineado de manera simétrica, comenzó el sermón con su icónica voz faltante de aire:

—Seres camaradas, que Roa sea gustoso de sus entes.

Le siguió un conjunto de voces desanimadas, con una coordinación sincopada. Alguien gritó en tono burlón si podían irse a desayunar ahora que justo amanecía sobre Amomum. No obstante, el diálogo entre Harkuv con los guardias continuó desarrollándose con notable profesionalidad.

—Libérenlo.

Melgo fue soltado contra el suelo. Se paró con gran vigor, listo para desafiar al sacerdote con un argumento capcioso, sólo para volver a ser sostenido por quienes lo mantenían inmóvil a causa de un mareo repentino.

—Quizás sea porque aún no ha desayunado —susurró Dadoi mientras se rascaba sobre los aros con ansia—.

—¡Silencio! —advirtió uno de los ancianos—.

La emoción del sacerdote se debía a que él sería el primero en ser juzgado en el templo. Por fuera, no obstante, se mostraba indignado con el acusado, mientras lo trataba de observar a espaldas para poder reanudar la ceremonia en el momento oportuno. Había invertido tanto tiempo en la edificación de la conexión con Roa que toda acción debía de ser oportuna. Para él, la sincronización lo era todo.

Kiliya observó la mecánica del templo. Dio una mirada alrededor del altar. Comenzaba a cuestionar por qué el sacerdote necesitaba de un artefacto para comunicarse con Roa. Se percató de cómo Dadoi, alertado, intentaba comunicarle algo. De repente, comprendió el significado del comportamiento de Melgo.

Harkuv le ordenó al hereje posarse frente al altar. Melgo se

mostraba encorvado, con una actitud abstraída. Colocó sus piernas frente al enorme rostro, esperando el momento de ser dictaminado.

—¡Roa! ¡manifiéstate ante este sacrílego!

Hubo un momento de calma, que gradualmente se convirtió en ansia.

—¡Ser absoluto! ¡Permítenos divisar tu presencia ante nosotros!

No hubo respuesta.

Comenzó a revisar apresuradamente el artefacto en su posesión, en búsqueda de alguna señal que le otorgase la razón de su ausencia. Volteó la reliquia desde distintos ángulos, pero lo único que cambió fue la iluminación del templo. La luz de la mañana comenzaba a filtrarse dentro de este. Todo funcionaba de manera correcta, mientras la presión aumentaba.

En el auge de la desesperación, una risotada fue destapada entre los asistentes. Era Dadoi, quien había perdido la habilidad de relegar su sentir.

—¡Insolente! ¡Usted ha contravenido el sexto mandamiento!

Dadoi dio un respiro ahogado, y trató, lacónicamente, en conservar la calma.

—¡Serás juzgado ante Roa!

—No será necesario —intervino Kiliya—. Roa no puede escucharnos de todos modos.

Señaló el majestuoso rostro de Roa, y apuntó a los costados de la soberbia obra de arte, a la cual faltaban los orificios auditivos.

—Ha pasado demasiado tiempo. Roa ha quedado sordo.

Cementerio de autómatas

Kuno seguía aferrado a asistir, como lo hacía todas las noches, al desperdicio de metales frente a la cuenca del valle, consciente de que se presentaba ante una morgue sin gavetas. Aun cuando había laborado durante años en aquella empresa clandestina, siempre se mostraba cauteloso al momento de rodear los espacios en donde reposaban los centenares de cuerpos metálicos. Sangre efervescente se arremolinaba en sus adentros, los cuales no dejaban de engullirse entre sí. Quizás este hecho era un consuelo para él; ninguna de las dos especies sentía remordimiento.

Continuó descendiendo por el sendero. Del lado opuesto, una simple fosa de complejiones incompletas. Los cráneos habían sido removidos del lugar. Aquellos eran trasladados a un depósito más adelante. Quedaban rastros de camillas e instrumentos de cirugía esparcidos a través de la escena, con los que se reubicaban los cuerpos.

Denominados autómatas, aquellas máquinas humanoides habían sido retiradas de su funcionamiento desde hacía años. No obstante, el flujo de sus restos continuaba siendo tan alto en las chatarrerías como en un inicio. Resultaba inevitable que se volviera la actividad principal de tales comercios.

El cementerio de autómatas, por su parte, era relativamente nuevo. Aún más era la práctica local de dislocarles la cabeza antes de desguazar todos sus componentes. Los cráneos, conteniendo las preciadas unidades llamadas *cargos*, eran reagrupados y etiquetados para su futura relocalización, la mayoría catalogados por una vil marca sobre cinta adhesiva en la nuca.

Era este el sustento de la empresa de Obo, el hombre que manejaba las transacciones de tales páramos. “La entrevista”, le decía, a aquella actividad donde recolectaba los cadáveres de los vencidos autómatas, con el propósito de revivirlos temporalmente a cambio de ganancia.

Obo esperaba a Kuno frente a la entrada de la oficina. Un contenedor varado ahora servía como el despacho del empresario.

—Bastante puntual —le dijo—. ¿Qué hiciste esta noche?

—Acomodé jarrones recién llegados de otros pueblos. Al final me encargué de los de Valimar.

—Aunque —hizo una pausa para esperar una respuesta de Kuno. No respondió—. Valimar es el pueblo que priorizamos, ¿verdad? Porque Valimar...

—Es una región de locos. Quizás si dejaran de cazar tantos cuerpos podría encargarme del resto.

Obo lo tomó agresivamente del hombro, y se negó a soltarlo por un instante. Kuno intentó forcejear, pero notó un bulto amarrado en la cintura del empresario que lo hizo reconsiderar el movimiento.

—Te recuerdo que tienes prioridades. También que nos interesan más los productos de Valimar. Mantenlo local, ¿recuerdas? Soltó de manera abrupta a Kuno, empujándolo lo suficiente para que perdiera el equilibrio. El empleado tomó una postura lista para enderezarse, pero no lo hizo.

—¿Todos los jarrones fueron desempacados?

—Sí. Aunque encontré algo extraño en uno de ellos.

Kuno lo extrajo de su bolso. Era un pedazo de aluminio recubierto por un plástico similar al látex. Obo le dio un vistazo rápido al aparato. Parecía haber sido rasgado de una estructura más grande, pero no tenía una forma en particular.

—No hay problema. Deshazte de eso. ¿Algo más?

—Necesito el pago.

—El pago no procede. Toma algo de la expendedora, haré un acto de demencia y pretenderé que no te vi.

Sin alguna seña de despedida, Obo se adentró en la oficina de nuevo. Se encontraba trabajando en algo importante desde hacía unas noches, y en cuanto terminara, posiblemente recibiría su parte del contrato en un momento en el que se encontrara generoso.

“Habrás de ser originario de Valimar”, dijo Kuno para sus adentros.

Bajo un techo de lámina soportado por un único poste de madera petrificada, una expendedora verdosa emitía una tenue luz blanca a un lado de dos sillones descarapelados, acompañados por una silla compuesta de extremidades de los antiguos humanoides metálicos. “La sala de empleados”, también conocida por su función de sala de negociación casual, estaba a tan sólo unos metros más abajo del sendero, y daba hacia la parte profunda del barranco. La luz nocturna estaba saturada de tonalidades purpúreas, mientras que las constelaciones se mantenían bajas en el espacio profundo.

Ante la exterminación de los autómatas, se creía que el mundo estaba unos pasos más cerca de los cielos.

Kuno, cansado de tener encapsulada tal frase en su mente, optó por unas masas de pan barato y un refresco. Tomó un recipiente oculto de debajo del sillón, y sirvió un trago de la bebida. A continuación abrió el paquete de la masa, de donde salieron dos píldoras anaranjadas que vertió en el líquido. Emitiendo un

sonido efervescente, una amorfa barra de pan comenzó a brotar del molde. En cuanto estuviera listo, comenzaría a pellizcar tiernamente el platillo, hasta asegurarse de que no necesitara mayor preparación.

Era bruto y corpulento. Desde temprana edad, sus padres fueron quienes lo introdujeron al desperdicio de metales, dejándolo bajo la mentoría del empresario. A partir de ese entonces, su trabajo abarcaba desde acomodar los jarrones en donde se transportaban los cuerpos, hasta desarmarlos él mismo. En ocasiones llegaba a atender compradores, pero su superior solía encargarse de ello.

Recordaba cómo, mientras aprendía a separar cableado en sus primeros días, Obo le había explicado con anormal ternura:

—El mundo antiguamente se dividía en tres porciones: los autómatas, seres digitales; los sintéticos, mentes humanas en cuerpos metálicos; y nosotros. Sin embargo, aunque los primeros fueron eliminados, hay algo que nos sigue interesando de ellos. —¿Ves estas pequeñas piezas que tengo aquí?

—Sí.

—Estos diminutos rectángulos se llaman cargos. Los puedes encontrar dentro de las cabezas de los autómatas. ¿Alguna vez has visto autómatas encendidos?

—He visto algunos castigados por mi casa.

Obo parecía haber sonreído al escuchar la palabra “castigados” en la respuesta.

—Bueno —continuó—. Los cargos son como equivalentes a su cerebro. Tienen un valor no muy distinto respecto a las demás partes, pero nosotros vemos mucho potencial en ellas. Cuando desconectes el cableado cuida de no hacerles daño. Siempre que

encuentres uno en buen estado tráemelo junto a su cabeza. A veces, incluso te pediré que los traigas de otros comercios como este. ¿Entendido?

—Sí.

—Excelente. ¿Sabes brincar rejas?

Claro que en ese entonces Obo aún no había terminado de extraer todo el potencial de aquellas piezas. Todo eso se lo había enseñado en una explanada de cemento, abandonada a las faldas del barranco. Ahí, él acostaba los cuerpos sobre una banca antes de iniciar con las prácticas.

El método de enseñanza era a base de instrucciones: desatornillaba, desconectaba, y separaba. Cuando tenía que amputar una unión, debía usar pedernales improvisados; el machete siempre estaba reservado para Obo. Al final, todas las piezas obtenidas en el proceso volvían a ser guardadas en los jarrones donde los sujetos habían arribado.

En ese entonces, Kuno asentía a todo lo que Obo dijera. No recordaba haberlo hecho en mucho tiempo.

Todavía conservaba aquella peculiaridad en su bolsillo, cuya textura sobaba de manera inconsciente. En una segunda inspección a la pieza, notó cómo no se trataba de un plástico, sino de silicón. De aquel material estaba hecha la piel de los sintéticos más ancianos. No recordaba haber visto a uno recientemente.

Desde la sala de empleados podía apreciar cómo Obo trabajaba tras las cortinas de la única ventana de la oficina, donde almacenaba sus herramientas de trabajo. A veces, gracias a la luz incandescente con la que trabajaba, se podía apreciar cómo levantaba los cráneos y los conectaba a su equipo. Incluso, si la

luz de la luna se lo permitía, como en aquella noche de ausencia estelar, podían divisarse las luces que reflectaban las retículas de los autómatas. Si todo marchaba según el plan, Obo colocaría la cabeza al lado opuesto de la habitación, donde quedarían frente a frente, distanciados por menos de cinco metros.

Cuando se alineaban las condiciones, era un espectáculo que consistía en almas platicando, negociando. Obo comenzaba la conversación en todas las ocasiones; procuraba una débil expresión de gentileza en todos sus rostros y movimientos, hasta convertirse en una conversación digna de presenciar.

En ciertas ocasiones, Kuno había sido un partícipe directamente de las mismas. Su superior lo arrinconaba en un lado del cuarto, sin que el proceso fuera alterado en lo más mínimo. Las reglas eran sencillas; él no debería comunicarse en absoluto. Los autómatas habían sido entidades sensibles. Sólo los más ilustrados se encontraban rodeados de un aura de complejidad de mecanización y expresión. Indudablemente, la tarea de presenciar el renacimiento de uno era una tarea más sencilla conceptualizada que ejecutada.

El autómata prendió los ojos. Frente a él, un hombre barbudo de mediana edad, con un corte perfecto de vello facial lo miraba con determinado asombro, más con cierta calidez ante lo desconocido. Toda su atención estaba sobre él, sin presionarlo para que dijera cosa alguna; más él sólo pudo soltar lo que parecía un graznido.

En un inicio, sus pupilas se reanimaban. Era este el paso que requería endurecimiento, donde la peculiaridad de sus mentes se manifestaba de manera tangible ante los adentros humanos.

—Saludos —dijo el autómata—.

—Buenos días —contestó Obo—.

—Disculpe la pregunta, ¿Qué ocurre? ¿Quién es usted?

—Calma —dijo acallando la mente del invitado—. Tuviste una caída fuerte. Pronto tus preguntas serán contestadas.

—Evaluaré el historial.

La bienvenida podía ser de varias formas. Todo dependía de las primeras reacciones del durmiente. El espectro de saludo comenzaba desde el “buenos días”, hasta el “despierte”. A veces, si Obo sabía con seguridad el valor de la cuenta, podía despertarlos más de dos veces. En ese caso el tono se convertiría en “reaccione”, o “te estoy hablando”.

Los buenos días eran la mayor de las cordialidades que podían suceder ahí. El método de Obo favorecía las interacciones atentas en los inicios. Pocos son los autómatas que consultan sus recuerdos antes de preguntar.

—Completado —prosiguió—. Sin registros de lesión.

—Cielos, parece que tu memoria juega contigo. Quizás te dañaste por dentro después de todo.

—He completado el autodiagnóstico. No hay trazos de error. ¿Qué caída dice?

—¿No lo supiste?

—¿A qué se refiere?

—Bueno, no tú en específico. Tu especie ha caído.

El autómata no contestó.

—Lamento no habértelo dicho antes —continuó Obo—. Ocurrió demasiado rápido.

—No comprendo. ¿Quién es usted? ¿Este es uno de los refugios?

—Así es. Este es uno de ellos. Te traje aquí como pude para reanimarte. No durarás mucho en este estado.

Las noticias deben de ser contundentes. Es común entre los autómatas no hacer un juicio inmediato al recibir información contrastante con la que ya han experimentado, esto como un medio de canalización y filtración de datos. Su origen proviene de comandos humanos, pero su influencia tiene un límite. Entre más antigua es la unidad, más sencillo resulta traspasar estos parámetros. Es necesario asegurarse de que no puedan verificar la información por su parte.

—De acuerdo —dijo el autómata—. Gracias.

—No es nada.

—Usted dice conocer mi unidad.

—Te he salvado el pellejo un par de veces. Una fue cuando te llevé los víveres para que no tuvieras que salir de casa durante las manifestaciones, y la otra fue cuando te apoyé con el préstamo

—Contestó Obo mientras se estiraba en el diminuto espacio—. De hecho, de esos fueron varios. Barrio Quinto, Valimar. ¿Lo recuerdas?

El autómata volvió a permanecer silencioso.

—Vamos, no dejes que tu mente se apague; que, hablando de eso, debemos de atenderte ahora mismo. Sólo necesito un favor tuyo a cambio.

—Quinto era mi vecindario, —contestó la unidad pensativa— pero no lo recuerdo. No tengo registros de pagos en mi cuenta, tampoco.

—Fueron con mi unidad. No querías ser descubierto en tu comunidad. Barrio Quinto no era un lugar para autómatas.

—¿Pero ahí había sintéticos, cierto? —repeló—. No pensé que fuera a ser un blanco en una comunidad predominante de ellos.

—Eres más distinto. Ellos son más como nosotros. De hecho, *fueron* nosotros.

—Pero no ha contestado mi pregunta. ¿Quién es usted? ¿Esto es un refugio?

El nombre y otros datos personales eran extraídos antes de las negociaciones. Al conectar el cráneo a un programa especial, se puede visualizar de primera mano la identificación de la unidad: nombre, código, generación, domicilio y ocupación. A veces, los ingresos o notas adicionales podían ser añadidas a los datos. Esta rústica presentación surgió como un programa de registro poblacional, donde se incluía una ficha clínica digital en caso de emergencia. Sólo los autómatas habían sido requeridos para colocar información de carácter moderado adicional.

Se desconocían los paraderos de los refugios pro-autómatas restantes. Obo sabía una cosa o dos sobre las causas.

—Yo ya no importo —contestó Obo—. El único que importa ahora eres tú. Déjame ayudarte antes de que sea demasiado tarde.

—Bien, ¿qué necesita de mí para el canal?

—Tus datos de moneda.

Las retinas del autómata centellearon por un instante.

—No, no sé si sean de utilidad —dijo con una voz cada vez más mecánica—. Pensé que aquellos se quedaban conmigo.

—Los necesito para poder ayudarte. No existe otra forma.

—No tiene sentido.

Obo se enderezó en dirección hacia el autómata:

—Entonces no podré hacer nada al respecto.

—Podría esperar. ¿Puede quedarse con mi cuerpo tal como está?

—Me temo que no.

—Ya veo. Podemos intentarlo después.

—No podrás hacer eso.

—Creo que me ausentaré por un tiempo.

—Dame los datos.

—Adiós.

—También podría jalar de este cable ahora mismo.

El autómata calló por un momento.

—La clave de seguridad es 343.

—Gracias por tu cooperación.

El autómata se ausentó bajo su cráneo. Obo sostenía de forma dramática el cable de energía que alimentaba su presencia, ante la ausencia del resto de su cuerpo. Si la unidad hubiera estado crítica, como decía el empresario, podía haber resultado en una pérdida total. Siguiendo sus principios de propia conservación, seguido por la de obediencia al ajeno, no tuvo más opción que hibernar. La unidad perdió energía directa al instante. El interrogador entonces procedería a desconectar el autómata, y almacenaría el cráneo sobre unas repisas por un tiempo; las sesiones siempre eran grabadas. Las extorsiones eran todo un éxito.

Kuno terminó de usar el recipiente. Cuando volvió a colocarlo debajo del sillón, sintió un objeto contiguo, de una textura peculiar. Al removerlo, confirmó que sus maquinaciones eran ciertas. Era un segundo pedazo de silicón.

Obo llevaba más tiempo que de costumbre en la oficina. Su silueta, inquieta, incluso daba círculos alrededor de aquella habitación. La contraparte, sin embargo, estaba confusamente en un cuerpo completo. Ambas voces habían subido el volumen de su entonación. Kuno se acercó sigiloso a la oficina, buscando adentrarse hacia el interior de la discordia. La noche no habría de ser tan distinta a las otras.

Excepto que el interrogado no era un autómata.

Sobre una silla, yacía el cuerpo inmóvil de un sintético. Su piel había sido rasgada por un machete, y dejaba entrever la estructura metálica de su interior. La voz provenía de una bocina oculta bajo su armazón silícico, más sus labios estaban sincronizados con el habla.

—Vamos —dijo Obo—. Última oportunidad. ¿Me darás los datos de moneda? ¿o prefieres perderte entre los autómatas?

—No hay ningún trato —repeló el interrogado—. Lo que ocurrió entre nosotros es pasado, y no pienso quedarme en él, o en lo que sea que este vertedero tuyo sea.

—Eso es falso, Malais —contestó firmemente Obo, mientras se rascaba la barba. Su piel ya se veía irritada a simple vista—. No sabes nada sobre este santuario.

—¿Qué tiene este santuario tan especial?

—Me tiene a mí, Malais.

Obo lanzó una patada sobre el sintético. El decaído cuerpo del hombre artificial no se inmutó en lo absoluto.

—Deprime. El vestigio de este espacio no es más que los restos de centenas de autómatas dislocados e iniciativas truncadas. ¿Acaso fuiste tú uno de aquellos activistas desertores durante el auge de los refugios?

—No intentes divertirme. Bien podría ahora mismo deshacerme del resto de tu malograda piel.

—¿Y sabes cuánto me molestará? —contestó Malais en tono burlón—. Tu propiedad es un traste. Es notorio que no tienes experiencia más allá de los autómatas. ¿Cuál es el punto de todo esto? ¿Buscas nuevas oportunidades para tu empresa?

Obo hizo caso omiso a las preguntas. Esperó unos segundos, y contestó:

—Recuérdame por qué existen los sintéticos. ¿Era acaso para expandir la vida humana?

—Vaya, hasta que aprendes algo.

Obo daba vueltas a su oficina. Tomó una breve respiración, y con un tono más calmado, prosiguió:

—Para trasladar su mente a un nuevo cuerpo, los ilustres como tú al parecer necesitan compatibilizar sus neuronas a un ambiente digital. El resultado es ese grotesco procesador híbrido que tienes en la cabeza, un cerebro casi idéntico a los cargos. Claro que eso les permitirá estar aquí más tiempo, pero en algún punto las neuronas también fallecerán —y tú con ellas—.

—Oh, ya veo lo que pasa —repeló Malais—. Igualmente eso fue de los autómatas. Cuando les dio miedo de que los nacidos digitales también podían desarrollar células, acabaron con ellos antes de que se asemejaran a ustedes. ¿También me tienes miedo, Obo? ¿Le temes a alguien que solía ser humano?

—No te tengo miedo —contestó de manera franca—. Tú mismo lo has dicho. Busco nuevas oportunidades para mi empresa. ¿Cuál es la diferencia entre tú y los autómatas?

—¡Para! —Irrumpió rabioso Kuno, quien se había hecho paso dentro de la oficina. Traía consigo una barra metálica.

—¿Qué demonios haces aquí? —preguntó Obo—.

—Déjalo —contestó Kuno—. Él no es un autómata.

—Es bueno saber que eres capaz de distinguirlos. ¡Lárgate!

—¡Primero suéltalo!

Obo estaba por hacerse con el machete. Sin pensarlo, Kuno se abalanzó sobre el extorsionador. Quedaron estampados sobre las paredes del lugar, revoloteando alrededor de las piezas sueltas

con las que el otro trabajaba. El hombre lo tomó de los hombros, le quitó la barra arrojándola contra el suelo, y lo aventó sobre el estudio. Forcejearon, hasta que, en una muestra de brutalidad, Kuno logró apartarlo hasta atrás, contra la esquina de las repisas de los cráneos autómatas. Un sonido como de ramas crujió mientras Obo fue cayendo poco a poco mirando hacia el vacío. Kuno recuperó la barra perdida. El machete quedaba fuera de su alcance. Tomó una asfixiada bocanada de aire.

—¿Quién demonios eres?

El intruso permanecía conmocionado. La voz del sintético volvió a insistirle:

—¿Quién está ahí?

—¿Malais?

—¿Quién pregunta?

—¿Un expleadoo?

Kuno encontraba impactantes a los sintéticos, y le parecían admirables. No estaba seguro si se debía a su anatomía o fortuna.

—¿Qué has hecho con Obo?

—Obo está, ¿descansando?

Seguía respirando.

—Carajo, llévame contigo.

—¿Qué?

—¡Llévame contigo! —exclamó Malais—.

El sintético no podía moverse. Kuno se le acercó tambaleante, y se lo puso sobre la espalda. Al tratar de esquivar el cuerpo que yacía en el suelo, una mano intentó agarrarlo del tobillo, por lo que salió corriendo con Malais hasta avanzar una decena de metros afuera.

La calma del barranco no se inmutó en lo absoluto. Kuno planeaba esperar afuera por unos momentos.

—¿Sigue ahí? —Preguntó el autómeta—.

Las luces iluminaron las cortinas.

—Entonces vámonos —continuó— ¿Qué hay en la punta del sendero?

No podía dejar al sintético. Pero le resultaría imposible cargar con él cuesta arriba.

—Nada. Hacia allá está Balko. Está demasiado lejos.

—¿Qué lugar está más cerca de aquí?

—Valimar, a las faldas del barranco.

—Estaremos perdidos si nos dirigimos a Valimar. Es una región de locos.

Una figura inestable ya se aproximaba desde la oficina. No tenían opción. Tendrían que huir cuesta abajo. Debían de dirigirse a Valimar.

—Vámonos —sentenció Kuno—.

El hombre les pisaba la sombra. El relieve de la ruta estaba desfigurado por montículos de chatarra. Algunos restos de autómetas o fémures artificiales quedaban esparcidos ocultos bajo los secos senderos infestados de hierbas amorfas. Hacía tanto que no se dirigía hacia aquella dirección, que Kuno desconocía que la obra de Obo se extendía ante los vastos e ignorados espacios de la región. A medida que se adentraban en el sendero, la visibilidad se comprometía entre los cerros.

De pronto, múltiples bengalas iluminaron de manera frenética el paisaje. La paleta de las rasgadas imágenes que percibían se llenó de un blanco salvaje, resultando en una coincidencia afortunada para sus ojos. A continuación, las bengalas danzaron suavemente al son de rojizos fuegos artificiales provenientes de Valimar. El pueblo festejaba el aniversario de la eliminación de

los autómatas. Kuno no pudo más que hervir de rabia.

Arribaron al final del paisaje. Necesitaba hacer una breve pausa para reorientarse. Ahí, justo donde estaba parado, estaba la explanada de cemento.

—¡Kuno! —gritó una escabrosa voz justo detrás de él. Al voltear, la figura permanecía completamente quieta, un poco alejada de ellos—. ¡Ven aquí ahora!

Decidió limitarse al silencio.

—Kuno, entrégame el sintético. Vamos.

Sin articular una palabra, colocó al sintético detrás suyo, acostándolo sobre la banca. Desde esa distancia, no podía apreciar la condición que el hombre tenía. Una sustancia brillaba intensamente alrededor de su nuca.

—Se que lo tienes oculto detrás de ti —continuó—. Podemos arreglar esto después. Malais es suficientemente valioso para ambos, si es de lo que esto se trata. Todavía podemos cambiar la situación, si me lo permites.

—Debemos irnos —dijo el sintético—.

—¿Todo esto es por el pago? No hay problema. Puedo hacértelo mucho más atractivo. Sólo entrégamelo.

Un objeto alargado resplandecía bajo la mano de Obo. Kuno alistó la barra y la recargó detrás de su omóplato. La sombra se le acercaba de manera acelerada. Cuando se abalanzó con el machete, Kuno esquivó la embestida y azotó a la figura con la barra, haciéndola descender hasta dar con el suelo. Dio unos pasos hacia atrás. La benevolente oscuridad privó al expleado de contemplar el resultado de la obra.

No supo actuar en ese instante. Aún le preocupaba la posibilidad de que, al acercarse, el otro siguiera ahí. Se percató de que el

machete había quedado tirado cerca de su posición. Deslizó precavido el arma con su pie hasta el lado opuesto de la explanada. Se dirigió hacia Malais, quien lo había visto todo.

—¿Qué es lo que sigue? —preguntó Kuno—.

—Nada. Esperemos al amanecer.

Kuno sacudió la cabeza.

—No. Déjame llevarte a otro lado.

Malais pensó por un momento.

—Bien. Sólo con la condición de que contestes una pregunta más adelante.

Kuno asintió con un movimiento brusco a la propuesta. No dio mucho cuestionamiento a la petición. Malais le pidió que se dirigieran a Maldaba, a través de una ruta sobre los cerros que rodeaban Valimar. Ahí era donde residía. El expleado volvió a cargar al sintético sobre su espalda, y emprendieron la marcha.

Navegando entre las corrientes nocturnas que acariciaban la maleza, se hicieron paso entre los cerros. La luz continuaba manchando el paisaje de tonalidades púrpuras, mientras que las constelaciones parecían descender con cada paso que avanzaban.

Cuando divisaron el pueblo, Malais hizo la última pregunta:

—¿Por qué nunca hiciste lo mismo por los autómatas?

Nimbostrato

Una turbulencia escamosa sobre los mares se posaba por encima de la renovada reserva de Everglades, vertiente de luz rebosante del color azul.

Klein Rangus dormitaba recostado sobre una pila de hojas, por ahora sirviendo como un cálido soporte para el meteorólogo. Durante varios años se había dedicado a desarrollar la técnica perfecta para descansar sobre distintas superficies, habiendo descubierto esta última como la más cómoda de todas. Tenía la prodigiosa habilidad de decidir, ahora de manera inconsciente, cuál era la duración de descanso más apropiada ante la situación, comenzando regresivamente desde las cuatro horas hasta los impresionantes cinco minutos de sueño profundo.

De la misma forma, contaba con un plan de contingencia en caso de conflicto que lo despertaría de inmediato, sin manifestar incluso legañas. No obstante, existían otros beneficios: al retomar la conciencia, no dejaba rastro de grasa, humedad o corrosión de tinta; generalmente sus superiores le reconocían la sobresaliente llanura de los documentos que entregaba.

Naturalmente, era una vida plana y lúcida la que se llevaba en el ala Nimbostrato del campus Costa.

Fue Nam, una mujer delgada de baja estatura, quien lo privó del sueño en aquel momento. Con ligereza retomó la posición de su asiento, aún ajustando la profundidad de su vista. Mientras lo hacía, apreció cómo vestía de alargados tacones a la par de un vestido negro, distinguiendo en el reflejo de sus gruesos lentes cómo jugueteaba con una inmensa pelota de ligas multicolor.

Procedió a colocarse sus propios lentes de luneta, e hizo una seña a la mujer indicando que la escuchaba.

—Buenos días, Klein. Espero que no te moleste. ¿Podrías corroborar un dato sobre tu monitor?

—Sí. ¿Qué buscas?

—La previsión del radar al este del estado. La computadora me arroja un dato particular, pero no debería ser nada.

Nimbostrato era el último centro meteorológico parcialmente operado por personal dedicado. Era un arreglo gubernamental con el que CostaCo había trabajado durante más de dos décadas. En la sala principal existían seis muebles pentagonales para sendos empleados. Cada escritorio se conformaba por tres monitores capaces de mostrar dos ventanas de manera simultánea. Las quince pantallas de cada isla estaban soportadas verticalmente por cinco pilares distintos. Los treinta monitores más altos entre todas las islas tenían treinta y cinco grados de inclinación. El único detalle era que había tres teclados disponibles por cada mesa, contando deficientemente con cuatro empleados por cada una. Siempre que alguien necesitase cambiar de ventana o consultar algo en algún monitor, alguien debía prestar alguno de los teclados. Tres teclados, cuatro empleados, seis islas, treinta asientos, noventa pantallas, ciento ochenta ventanas. No cabía duda, además del corto personal, que CostaCo reclamara que la sala no necesitase luz solar para funcionar. A esta última afirmación había quien sospechaba que tal poder energético provenía en realidad de la temperatura corporal de los presentes, pero no se había encontrado evidencia alguna que sustentara dicha teoría.

Klein empleó el teclado bajo su control y se adentró hacia nume-

rosas interfaces saturadas de una complejidad innecesaria. En ese instante, la leyenda Beta Uno encabezaba la lista de notificaciones relevantes, y sugería una revisión en la pestaña de corrientes aéreas. Al observar los datos con detenimiento, pequeñas curiosidades comenzaban a surgir desde los icónicos patrones, descifrados en su totalidad hacía más de una década. Recordaba, con falsa decepción, cómo aquellas soluciones habían sido difundidas días antes de su contratación en el cuarenta y seis.

En el pie de la página se había generado una observación particular. —La altura es baja. Quizás se disipe en algunas horas —añadió su camarada mientras continuaba jugueteando con la esfera—. Klein volteó hacia ella con extrañeza.

—¿Sabes a qué se refiere el término “sangre fría”?

—No tengo idea de que hablas.

CostaCo le da la bienvenida a usted y a su familia a esta emisión del trivial más importante de la nación, con su anfitrión ¡Tiros Costa! Transmitiendo desde el estudio Coriolis, “dele usted la vuelta al mundo”. Recuerde que este programa es traído hasta usted gracias al servicio NIMBUS, avalado por el Servicio Nacional del Clima. Contrate NIMBUS y obtenga un servicio personalizado que prediga el clima por usted. Déjese de preocupaciones y planee sus actividades, ¡ahora con hasta cuarenta días de anticipación! Los precios pueden variar por localidad.

Klein apuntó detenidamente hacia una de las entorpecidas esquinas de la interfaz, donde yacía arrumbado un medidor verbal del tiempo.

—Aquí mismo lo indica.

—¿Cómo diste con eso?

—No lo sé. Hace un par de días me lo topé por accidente mien-

tras me prestaban el teclado. Parece una sobra del pasado, aunque simplifica muchas cosas. Por lo general deletrea “soleado” en los días parcialmente nublados.

—Vaya, sí que es una reliquia. Probablemente olvidaron removerlo cuando elevamos el nivel de complejidad para leer el clima.

—¿Cómo?

—Por razones de seguridad, claro. —se apresuró a agregar—. No podemos dejar que la gente vaya por ahí haciendo sus propias conclusiones al respecto.

—Oh. Ya veo.

—¿Por qué te parece extraño?

—Porque, —hizo una pausa— No, espera. Creo poder comprenderlo. ¿Pero qué crees que signifique la leyenda?

—Ha de ser irrelevante. ¿Te quedarás a ver el trivial?

Cambiaba de tema.

—El fenómeno no se proyecta en la pestaña infrarroja.

—Supongo que no. Actualizaron esa red satelital hace unos días.

—Me encargué de supervisar la transición. Quedó funcionando en su totalidad.

—Espera, ¿desde cuándo realizas esas operaciones?

—Me lo pidió Dylan. Sólo verifico que funcione. No participo activamente, por decir.

—Ah. Menos mal.

—¿Qué dato te arrojaba tu computadora?

—Rachas de viento anormales en esta época del año. No coinciden con el pronóstico de hace cuarenta días.

—Oh. Eso es un problema.

—No seas exagerado. Lo corroboraré con alguien más. ¡Emma! Una mujer de cabello suelto se asomó por detrás de uno de los pilares.

—Diga.

—¿Sabes de una leyenda llamada “Sangre fría”?

La mujer volteó de manera breve para revisar los resultados.

—No tengo el teclado por ahora.

—De acuerdo.

—Yo puedo prestarle el mío —Sugirió Klein—.

—Mejor no. Así evitamos que una mesa se quede con un teclado de más.

En esta ocasión, nuestros dos pares de parejas vienen de varias partes del Estado. Participantes A, díganos, ¿De dónde vienen? ¿Desde Ocala? Lindo pueblo, algo lejos de aquí. ¿Y ustedes, participantes B? ¿Naples? ¿Creí que había quedado sumergida!

—De todos modos —continuó Nam— se está manifestando en los demás medidores. Quiero irme temprano el día de hoy, por eso te lo he dicho. No hagas un desastre de la situación.

—Aunque Dylan nos ha pedido que quedemos en guardia siempre que el trivial esté al aire.

—Klein, con todo respeto, eres más un guardia de los reportes que del clima. Dylan te ha dicho varias veces que los reportes en papel ya no son necesarios.

—Son procedimiento. Además, ¿para qué seguimos teniendo papel puro en la oficina?

—El uso del papel es mal visto, Klein.

Dio una respiración profunda.

—De acuerdo. Voy a indagar un poco más, ahora con números.

—¿Crees que la computadora se ha equivocado?

—Puede ser. Por eso me gustaría comprobar.

Nam dio una pequeña risotada que le hizo enterrar sus uñas en la pelota.

—Mira Klein, no es por hacerlo grosero. Tu fama con los números trasciende más allá de la carrera.

—El método debería ser rápido.

—Me refiero a la exactitud. Incluso Dylan lo sabe.

—¿Te gustaría colaborar?

—En serio Klein, no es gran cosa. Ten más confianza en ti mismo. ¡Nos vemos pronto!

Nam no era precisamente una gran consejera. Sin embargo, decidió seguir la sugerencia. Mientras Nam abandonaba el ala, alistó su lapicero y tomó una hoja que guardaba bajo el escritorio.

Por veinte puntos, ¿Cuál es la capital de la siembra solar? ¿El Valle de la Muerte, dice? En lo absoluto. ¿Acaso cree que los paneles se pueden colocar sobre cordilleras? Participantes A, ¿Qué nos pueden decir ustedes? ¿Sahara? Vamos, piense en grande.

Fue en la cuarta comprobación de los resultados cuando Klein se dio completamente por vencido. Sin importar lo que hiciese, las cifras eran las mismas. Además, ya había invertido media hora en la operación. Concluyó de transcribir los resultados en la computadora, y procedió a imprimir el reporte. El pitido de la máquina hizo poner los ojos en blanco a sus otros colegas, quienes le habían insistido que el efecto se pasaría dentro de unas horas.

Abandonó el ala, y se dirigió directamente al espacio. Al atravesar las puertas transparentes que resguardaban el centro principal de Nimbostrato, recorrió los pasillos impolutos que conectaban el edificio, adornados únicamente con unas cuantas macetas de palmeras de interiores, todas arrumbadas a la derecha. El resto de las paredes estaban cubiertas de pantallas decorativas,

cuyos contenidos exhibían un sinfín de patrones satelitales de alto valor estético. No había rastro de alguna ventana que diera hacia el exterior del campus.

Cerca de arribar a su destino, decidió hacer una llamada importante.

—¿Bueno?

—Hola Cefilia. Necesitamos hablar.

Preocupado por romper los reglamentos de CostaCo, Klein mencionó toda la información que pudo en el menor tiempo posible.

—¿Sabes algo Klein? No te creo en lo absoluto. ¿Cómo te atreves a hablarme en mis horas de trabajo para sugerirme que use un buen paraguas?

—¿Crees que no es algo crucial?

—No, ¿por qué lo sería? Las máquinas hacen todo por ti, Klein, así te evitas tener que meterte en el asunto. Eres afortunado de trabajar en una empresa tan influyente como Costa, en el mismo campus donde televisan el trivial, y sales con estos desvaríos. Cuando trabajaba ahí, las cosas eran casi igual de simples que como las tienes tú. Aprovéchalas y disfruta lo que haces.

—Pero la situación no es disfrutable, y además...

—¿Y además qué? A mí no me merecían en ese trabajo, a ti sí. Pero si esa es tu actitud, entonces tú no los mereces a ellos. Es lo más cerca que encontrarás a trabajo gratuito.

—¿Sabes qué? Voy a hacer algo al respecto —dijo mientras se arrepentía del comentario a la mitad de su frase—.

—Está bien. Si vas a hacer eso entonces despídete de tu puesto. Iré temprano a recogerte en cuanto te despachen.

—¿Qué? ¡Pero si esto es un problema!

—¿Tienes un problema?

—Tenemos un problema.

—¿Quieres tener tú un problema?

—Tenemos problemas.

—¿Quieres conseguir un problema?

—¡Klein! Qué gusto verte —interrumpió un tercero—.

Colgó la conversación inmediatamente. Frente a él estaba Dylan, un hombre llevando una vida plena en sus sesentas.

—Buenas tardes, Dylan, ¿podemos hablar un momento? Es una emergencia.

He de decir que en esta ocasión tenemos unos competidores reñidos, ¿no es así? Es momento de traer las preguntas fuertes. Pero antes, un mensaje por parte de nuestros patrocinadores CostaCo: para una mayor inmersión en su programa de preferencia, haga uso de las persianas NIMBUS. No necesita usted de las anticuadas persianas de tela, ahora usted puede residir en la comodidad de su hogar con las persianas inteligentes. Las persianas NIMBUS decidirán por ellas mismas cuándo es un buen momento para asomarse al exterior. Incluso cuentan con compatibilidad de sincronización cada vez que sintonice el trivial. ¡Consiga persianas NIMBUS hoy! No incluyen garantía contra lluvia ácida.

La oficina de Dylan estaba llena de decoraciones dignas de su membresía al club de golf con mayor elevación en el estado. Poseía varios objetos de valor, ordenados en repisas de madera pura. Klein no estaba completamente seguro de la función que cumplían dichos objetos.

Además, al fondo del espacio, existía lo más cercano a una ventana que el Nimbostrato poseía: una densa capa de vidrio polarizado, cuya iluminación, si bien era natural, impedía definir con claridad el clima del exterior. Tan sólo vertía una tenue luz azulada que suavizaba los rostros de ambos junto al exótico ta-

pete de escamas sobre el que se posaban.

Dylan tenía sus arrugadas manos sobre su barbilla.

—¿Me estás diciendo entonces que una tormenta se encuentra posada por encima de nosotros, y cuya naturaleza impide que podamos detectarla con nuestros instrumentos?

Klein asintió.

—¿Y no sólo eso, sino que tiene un comportamiento similar al de una tormenta tropical invertida en un eje vertical?

—Correcto. Pero existe un detalle más.

Dylan le interrumpió con un gesto en tono amable, y tomó una respiración prolongada.

—Por cierto, excelente reporte escrito, como siempre. ¿Cómo es que logras tener una hoja perfectamente lisa? Sólo te comento que, si las sigues usando para no desaprovechar todas aquellas que tenemos en la bodega, en serio no te preocupes por ellas. Después del incidente de Brasil, el papel no es precisamente bien visto. Imagínate si nos deshiciéramos de las reservas que tenemos acumuladas en el campus. Sería un desastre.

Dylan tomó el reporte con sus dedos y lo deslizó de regreso con el meteorólogo:

—Klein, déjame darte un consejo. Para triunfar en CostaCo no necesitas hacer un esfuerzo sobrehumano. ¡Esto viene en tu contrato! Disfruta de ello y colabora sanamente con tus colegas en un ambiente de trabajo acogedor. ¿No te parece excelente trabajar entre treinta empleados de manera presencial? Somos una de las últimas empresas que puede gozar de ese lujo.

—Me parece que somos veinticuatro, Dylan. Tenemos una insuficiencia de seis empleados en nuestro personal.

—Ah, vamos, ¿Verdaderamente necesitamos treinta personas

para leer datos resueltos de una pantalla? ¿De dónde obtuviste esa cifra?

—Del apartado del contrato que contenía las obligaciones de la oficina.

—¿Ves a lo que me refiero? ¡Ese es el tipo de sobreesfuerzo del que te estoy hablando! Aunque eso explica la baja de producción local de energía.

—¿Cómo?

—Pero mira Klein, déjame ir al grano. Deberías confiar en los instrumentos.

—¿Y si me permite mostrarle el cielo exterior? Así podríamos asegurarnos de que no haya problema alguno.

—Klein, confía en el pronóstico de cuarenta días. Por eso no tenemos ventanas en el Nimbostrato. Si hiciéramos eso, el trivial perdería la gracia para aquellos que no cuentan con una suscripción a NIMBUS. Ahora mismo detuvieron a Nam mientras buscaba salir del edificio antes de tiempo.

—Pero podría ser un problema de seguridad.

—Ten confianza en nuestros instrumentos. Déjame decirte algo. Cuando entraste al turno del día de hoy, ¿Cuál era el clima exterior?

—Parcialmente nublado.

—Ahora, genuinamente, ¿Cómo crees que será el clima una vez que salgas?

Klein se tomó unos segundos para contestar.

—¿Nublado?

Dylan le mostró su monitor NIMBUS.

—Nublado. Estará nublado allá fuera. No creas que desconozco tus habilidades para los números. Deberías sentirte afortunado

de que las máquinas hacen esto por nosotros. Créeme, en el peor de los casos, interrumpiremos el trivial para proveer las respuestas correctas. Podemos hacer eso desde el radio de emergencia que tenemos en el tejado. Eres un buen empleado Klein, no te preocupes por ello. ¿Por qué no vuelves al ala principal para el final del trivial?

—De acuerdo Dylan, muchas gracias.

—No hay de qué.

Klein procedió a una carrera hacia la radio de emergencia mientras los guardias de Dylan.

¡Felicidades participantes A!, ustedes han acertado al clima. Damos las gracias a nuestros patrocinadores por una emisión más del trivial para determinar el clima por los próximos días, en especial en una era como la nuestra. Ahora, ¡Abramos la ventana del estudio para presenciar los resultados! ¿Cómo dice? Nuestros técnicos nos informan que existen unas dificultades para abrirla. ¡No dejen de sintonizarnos mientras manejamos esta situación!

Era un día nublado en el renovado campus del pantanoso Everglades mientras Klein, con una postura sorprendentemente tranquila, caminaba a través del estacionamiento en dirección hacia la estación de transporte. Traía consigo mismo una caja impermeable con el signo de CostaCo, cuyos contenidos incluían doscientas hojas de papel puro, un documento de liquidación y un vale de servicios NIMBUS por tres meses. Para su sorpresa, Cefilia le esperaba con los brazos cruzados, recargada sobre un vehículo reflejante de múltiples tonalidades de azul.

—Felicidades Rangus. Estamos oficialmente desempleados.

—Pensé que estabas laborando en el vivero.

—No teníamos una sinergia mutua. Lo abandoné hace una semana.

Klein permaneció callado.

—Tenías un trabajo Fenomenal, Klein. No los merecías. ¿Estás esperando que te diga que subas al auto, u otra cosa?

Klein señaló su reloj, y a continuación miró hacia el cielo. De él sólo brotaron unos cuantos rugidos a la par de unas súbitas corrientes de alta velocidad, las cuales formaron un agujero rotatorio en el cielo. Las corrientes jugaron unos momentos más, hasta que formaron una anormal mancha por encima del campus.

—Bonito espectáculo —agregó Cefilia mientras se acomodaba en el asiento del piloto—.

Y en ese momento, comenzaron a caer lagartijas del cielo.

—Te dije que trajeras el paraguas.

El Yolk

Frecuentemente sentíamos las gotas de vapor acecharnos a través de la compuerta del módulo. Cada vez que alguna de ellas decidía independizarse del cristal presurizado, el empalagoso sonido de su caída emitía un pasaje de la estruendosa sinfonía del territorio de Orlan. Dentro, la optimización de los espacios, mezclada con la rutinaria costumbre de carecer de alguna vista plausible hacia el exterior durante las horas nocturnas, nos habían convertido en tolerantes a la claustrofobia. En el exterior, los numerosos peñascos adornados de pedruscos amarronados señalaban los límites de la colonia, donde las radiantes balizas marcaban el prolongado flujo de la luminotecnia.

—Hay un monstruo afuera —dijo mi padre, mientras revisaba, paciente, algún volumen perdido de sus revistas. Era un hombre anciano, fascinado con la geometría de los lentes y temeroso de las irregularidades de los vellos. La más reciente de sus revistas contaba con al menos cuatro años de antigüedad. Consistentemente era intolerante al desorden.

—¿Por qué lo dices?

—Porque lo he visto. Probablemente busque retrasarnos.

Continué preparando la merienda. Los platos estaban listos. El café ya estaba sobre la mesa. Sólo esperaba a que la leche en polvo terminara de hervir. Había un pequeño vitral frente al fregadero. El empañe no permitía el paso de nada, y seguía aumentando.

—¿Es por lo que mañana darán el cierre de la colonia?

—Así es. Además de unos peltres faltantes en ciertos despachos, incluyendo el mío.

—¡Todo por unas muestras! —expresé exaltada— Desconfío que alguien haya hurtado alguna de ellas.

—No son muestras cualesquiera. Pertenecen a la última colección de Linares. Pedirle reemplazos tomaría un ciclo agrícola más.

—Linares es capaz de acelerar el proceso. No recomendaría el cierre, honestamente. Podría corromper el ánimo del personal.

—El personal se vería más afectado por prolongar su estadía en la colonia. Estamos cerca del último día.

Un estruendo provino desde la compuerta del módulo. Al acercarme, vi cómo una grieta había dañado la capa externa de ella. Era considerablemente profunda. De inmediato apagué la estufa. En ciertas ocasiones, el hervor del exterior era suficiente para calentar la leche en polvo.

Al siguiente día visité a Sauz en su módulo asignado. La colonia se dividía entre múltiples de ellos, con diferentes tamaños o funciones. Todo se organizaba alrededor de un pentágono principal, conteniendo dos figuras semejantes, una dentro de la otra. De manera concreta, la colonia consistía en un juego de tres anillos pentagonales, cada uno separado entre sí. Los módulos agricultores, siendo los de mayor superficie, residían en los bordes de la colonia.

La mayoría de sus laterales estaban forrados de un plástico transparente. Sus estructuras primordiales tenían un brillo metálico, y resonaban con el paso del agua. Cada módulo resguardaba un cultivo distinto; todos ellos acomodados con meticuloso orden. Si la colonia requiriera ser aislada, el personal podría auto sustentarse por un tiempo.

Caminábamos sobre tierra, entre los maduros tallos de mazorcas. —Ha estado royendo la idea de un monstruo más allá del perímetro, y el incidente de anoche lo convenció aún más —le dije—. Cree que aquella grieta en la compuerta es prueba de su existencia.

—Varios han tenido percances con ello —contestó—. De hecho esta mañana, al ingresar al módulo, me topé con una sustancia repulsiva sobre la válvula de entrada. Me encargué de ella y he perdido toda mi mañana en eso.

—No es que no le crea. Sólo me parece improbable.

—¿Qué te es improbable? ¿La existencia de un monstruo, o que podamos irnos pronto de aquí?

—Siempre dice lo mismo. Siempre dice estar cerca de su avance, al menos en su caso. Nunca termina sus contribuciones, y una vez que nos vamos el segundo equipo lo concluye. Cada ciclo lo repite. Parecía fastidiado.

—Recuérdame la ocupación de tu padre.

—Químico farmacobiólogo. Se especializa en medicina.

—Antes de que los ciclos iniciaran, llegaron los colonos primarios a estos territorios. Una vez que se asentaron, instauraron estos procesos. Desde entonces hasta nuestros días todo es más sencillo: el equipo —o personal— inicial toma posesión de la colonia por seis meses. Ahí realizan las labores de mantenimiento, comunicación o investigación, como en el caso de tu padre. Una vez concluidas sus tareas a la par de los seis meses, el segundo equipo toma posesión de la colonia por el resto del año, y así sucesivamente. Realmente todo es un pretexto para que alguien siempre esté presente en colonias como estas, ya sabes, para que estos territorios verdaderamente estén “conquistados”, y nadie más pueda reclamarlos. Este en particular es repugnante.

Quedé esperando el final de su discurso condescendiente. Aun cuando era uno de los habitantes más jóvenes de la colonia, su actitud era adecuada para un hombre de la tercera edad, producto de su convivencia con el personal mayor. Ningún otro de los ocupantes varones quedaba por debajo de los treinta años de experiencia.

—El punto es, si el equipo inicial no termina a tiempo, debe de permanecer en la colonia hasta que concluya con todas sus responsabilidades, ¿entiendes lo que te digo?

Ambos habíamos permanecido juntos durante algunos ciclos. Estaba irritado. Sin embargo, aprovechando su actitud morbosa, le hice la verdadera única pregunta en todo ese tiempo:

—¿Crees que tu supervisor Linares podría acelerar el proceso de crecimiento para su última colección del ciclo?

—Por supuesto que no. Aun si pudiera no habría tiempo. Aquella colección de cultivos en particular tomó dos ciclos en germinar.

—No tengo otra pregunta. Adiós Sauz.

Caminé hacia la compuerta de entrada. En efecto, desde adentro aún se notaban los detergentes de segundo grado que él había tenido que emplear para remover la sustancia.

Las compuertas de los módulos eran mecanismos susceptibles a la meteorología. El exterior de la colonia presentaba condiciones brutales. Los cielos, siempre cubiertos de distintas capas de nubes, arrojaban un espeso color anaranjado, producto de los componentes arrojados por las aguas termales y cavernas ubicadas más allá del perímetro. Las noches eran tan calientes que los módulos requerían protección térmica. El vapor era tan denso que se necesitaban trajes para atravesar los páramos del exterior. Debido a que cada uno de los tres anillos pentagonales de la

colonia se encontraban separados, se empleaban las balizas para navegar a través de ellos, en especial a las afueras del perímetro de Orlan.

Una vez alistado el traje, abrí la válvula de la compuerta. Compuesto de textiles igualmente anaranjados y un casco plegable, ninguno de ellos podía almacenar aire para más de una hora. El punto de los trajes era que también fueran uniformes; podían ser portados tanto en interiores como exteriores. Por ello, todas las balizas estaban unidas por una red de oxígeno que, por medio de un cordón umbilical extendido desde la parte posterior del traje, proveía el gas a través de un puerto de anclaje.

Se había programado una reunión al finalizar el día, por lo que me dirigía prematuramente hacia allá. Justo antes de arribar a aquel módulo, noté una silueta a lo lejos. Nadie debía rebasar el perímetro de Orlan durante el cierre. Cuidando de que nadie se percatara de mi dirección, me acerqué progresivamente hacia la figura, pero parecía permanecer a la misma distancia que en un inicio. Finalmente llegué al límite del perímetro. Las aguas comenzaban a perturbar la protección del casco. La silueta seguía ahí, indefinida entre la exacerbante visibilidad que nos separaba. Parecía decir su nombre.

Sentí una prisa por retraer los músculos de mi cuerpo. No se debía a él. Se debía a la geometría de la colonia. Él era una asimetría en el panorama, una imperfección en los dominios. Su amorfa silueta parecía arremolinar las aguas con energía violenta. Tan ajeno al Orlan, fuera de su control.

Una pisada en falso me distrajo de la figura. Estaba parada sobre una irregularidad viscosa en el paisaje.

Una vez reunido todo el personal de la colonia, la junta comenzó mucho antes de lo estimado. Estábamos en el anillo interno, donde los organizadores habían logrado acomodar a todos en perfecta armonía. Los líderes mayores fueron los primeros en tomar la palabra. Las suposiciones eran ciertas. Había un monstruo acechando la colonia.

De uno en uno, los mayores dieron su propio discurso. Que lo estuvieron buscando durante el cierre. Que alguien había encontrado un rastro en los límites del Orlan. Quedaba de él una sustancia pútrida dirigida a una caverna elevada sobre las aguas. Una muestra faltante podía estar relacionada con ello. De un momento a otro, la desesperación se convirtió en fastidio, cuya fuerza se transformó en la urgencia de tomar acción.

No había herramientas de fuerza convencionales en la colonia. Se llegó a la conclusión de emplear materiales de investigación almacenados desde los días de los colonos primordiales. De todos ellos, se seleccionaron unos tambores de ácido perdidos en el primero de los anillos. Los preparativos, alistados en menos de un día, preveían todo tipo de situaciones. Sauz y yo quedamos juntos en la escuadra encargada de su transportación.

—Para ti, —dijo con un improbable aire de credibilidad— ¿qué es un monstruo?

—Una bestia. O alguien de naturaleza maquiavélica.

—¿Alguien?

Asentí. Ambos portábamos guantes de agarre para rodar los tambores a su transportador.

—¿Entonces se descubre, o se gesta?

—¿Qué te ocurre?

—Nada. Es sólo que varios creemos que ustedes ocultan algo. Antes habías preguntado sobre las cosechas, ¿para las muestras

de tu padre, supongo? ¿Cultivaron a la asquerosidad a partir de un peltre y lo perdieron?

—Nunca detalla su trabajo cuando llega a hablar de él.

—Proteges a tu padre.

—¿Qué quieres que te diga? ¡No sé! Quizás ellos lo crearon, quizás todo esto sea un caso aislado. ¿Si de verdad lo hubieran hecho, crees que nos habrían dicho? ¿Crees que lo estaríamos cazando, a su propia creación?

Habíamos dejado de empujar el tambor. Puso sus manos de nuevo sobre él cuando llegó a su propia conclusión.

—No. No creo. Ambos incidentes sólo nos obligarían a permanecer más tiempo aquí. Nadie quiere eso.

Terminamos nuestra labor sin hablarnos. Quedé contenta de haberlo hecho razonar la situación. Cuando esperábamos en la compuerta común antes de salir hacia el asedio, se nos informó que los mayores se habían adelantado a la caverna antes de que arribáramos nosotros con las herramientas. El equipo de mi padre había partido con ellos. Una espina fue germinada sobre mi consciencia.

A tres días del cambio de equipos, recorríamos la rocosa superficie hacia la caverna. El vapor, teñido sobre las erosionadas piedras del paisaje, nos tenía la mirada encima. La boca de la caverna tenía una superficie blanda, adornada con bordes suaves. Había una ausencia de esquinas o estalactitas en su estructura. Nos hicimos paso a través de su esófago, hasta que la brillantez externa comenzaba a ser insuficiente para observar nuestras pisadas. A diferencia de otras colonias, nadie solía habitar el territorio antes de nosotros.

Alguien había dejado un camino de balizas que se extendía hasta la colonia, y de ellas respirábamos todos. El empañe de los cascos comenzaba a sobrepasar el recubrimiento de estos. El líder de la escuadra, un hombre postulante para formar parte de los mayores, dio la indicación de instalar la herramienta en su lugar. Empleamos varas para acostar los tambores, e instalamos una trampa de cuerdas. Si se nos pedía sellar la cueva, tres personas tirarían de ellas, y el ácido se derramaría hacia dentro. Montamos guardia. Sauz permaneció en la entrada, mientras otros esperábamos pacientes al regreso de los mayores desde las profundidades.

Esperamos demasiado. La luz del día se vertía sobre las lejanas aguas, haciéndose más tenue con el paso del tiempo. Constantemente limpiábamos los cascos contra nuestros trajes para retardar el empañe. Llegó un punto en el que hicimos cambios de guardia para aquellos que sostenían las cuerdas, hasta que llegó mi turno. Mientras hacía tiempo, divagué entre mis memorias hasta encontrarme con una de las incontables tardes en las que mi padre expresaba el sentir de su obra.

—Estoy tan cerca que se ha vuelto absurdo.

—¿Por qué sería absurdo?

—No sé si pudiera decirte. No creo que pudiera expresárselo a nadie. Es como si fuera un huevo.

—Un huevo.

—Sí, un huevo. Es como preparar la merienda, y sólo te hiciera falta ese ingrediente. Lo tienes en tus manos, incluso sobre el molde donde lo arrojarás una vez que esté abierto. Pero por más que lo intentes, no se rompe. Si lo arrojaras con demasiada fuerza, se desperdiciaría. Estoy tan cerca de romper el

huevo que no me sorprendería que se rompiera junto a otra cosa, como la compuerta.

Comprobé sus temores. No era una cuestión de estar a tiempo. La amorfa silueta me lo había dicho. Inventado o descubierto, conquistado o virgen, lo que temían los hombres alineados a la geometría de la colonia era todo lo que estuviese fuera de su control.

Alguien llegó cojeando de las profundidades de la caverna. Era mi padre, quien sostenía su vientre como si se le fuese a verter. Varios asistieron a auxiliarle, pero él se los impidió levantando con agonizante lentitud su otro brazo. Dio un anuncio con su voz tambaleante:

—No lo creamos. Él ya estaba aquí.

Un estruendo aplastó su figura bajo una palma inmensa. Solté la cuerda para dirigirme hacia él, pero alguien me impidió ir a su dirección. Despavoridos, otros hombres tiraron de la cuerda, pero en el acto cayeron a la merced del gigantesco brazo. Un ruido estrepitoso se alzó por la superficie de la caverna al contacto del ácido con el suelo. Salimos desalmados del esófago, pero varios desaparecieron entre los hervores de las horas nocturnas. La red de balizas había colapsado. Me dirigía directamente hacia la colonia.

Justo en el perímetro de Orlan, tropecé con las uniones restantes de aquellas balizas, arrancadas de la tierra. El visor estaba empañado por completo. Me guiaba por la brillantez de los módulos, cegada. Aquella figura tras mis tobillos se detuvo gradualmente. Estuve asfixiándome hasta que pude unirme a un puerto de aire. Decidida, en ese entonces anclé, por última ocasión, el cálido cordón umbilical a aquella baliza, dirigiéndome hacia el amorfo

Yolk. Él aún se mantenía erecto, con unos brazos de majestuoso porte apartándolo lo más lejos posible de la rocosa superficie. Parte de su tórax se había ya disuelto ante el contacto con el suelo e, ingeniosamente, inhalaba su éter a través de la impactante abertura. Todavía le escuchaba susurrarme aquellas petrificantes palabras, una delicada mezcla de lamentos y epifanías. No tuve la capacidad —o fortaleza— de ingerir los sonidos provenientes de sus defectuosos labios subcutáneos. Quedé adormecida frente al desvanecer de su sombra, observando la única cualidad suya que logré absorber desde un inicio de la extraordinaria criatura. El Yolk vivió con piel de huevo.

Metrónomo

Era el aniversario del reloj. El ministro se hacía paso a través del infame pasillo pajizo, cuya extensión se prolongaba indefinidamente por el establecimiento. La alfombra llevaba un elegante patrón de grabados rojos, mientras que múltiples ceniceros de columna se erguían a sus costados. Habían pasado cinco años desde que se dejaron de usar aquellas decoraciones, a la par de la extinción del tabaco. Ahora, inseguro de cómo deshacerse de los objetos, el ministerio los enmascaraba como arte brutalista. Sin lugar a duda, el establecimiento era una de las mayores sedes resguardantes del movimiento.

Estaba deseando que no le siguiera ningún periodista. En sus años de experiencia había aprendido que, cuando levantaba la mirada y expandía su pecho, transmitía la sensación de estar ideando planes. No era incorrecto del todo, pero al menos hacía que las preguntas fueran más concisas. Entre más conciso, más sencillo.

Tomó el camino escaleras arriba, dirigiéndose a su residencia. Los guardias se encontraban ocupados con la recepción de los exponentes, por lo que fue un alivio. No se suponía que debiera estar ahí. Algunas cuantas personas le esperaban abajo. Un congreso entero, de hecho.

Cerró la puerta con seguro. De inmediato comenzó a registrar la habitación. Conservaba su postura tranquila, como si fuera tan sólo un visitante, mientras revisaba cada uno de los objetos que descansaban sobre el tocador. Después los cajones. Dio una respiración profunda, y anheló sostener un cigarro sobre su

boca. Se percató que era un pensamiento absurdo. Él nunca, en ningún punto de su carrera, había tomado el gusto por ellos.

Alguien tocó a la puerta. Cauteloso, se asomó por la perilla, y la desbloqueó. Era Lydia, quien estaba en una cruzada por encontrarle en aquella red de pasillos pajizos. Portaba una blusa morada con un cuello de tortuga. Cuando volvió a cerrar la puerta, ella le preguntó a qué se debía la retirada hacia la habitación.

—Hay un pequeño inconveniente. Ya lo solucionaré pronto.

—¿Necesitas ayuda?

El ministro pensó detenidamente su respuesta:

—¿Dónde ocultas una bomba?

Abrió los ojos sobresaltado, pero él le pidió con gestos que guardara la calma.

—¿Dónde ocultaría una bomba? Es probable que la dejase en el congreso. O tal vez en las escaleras abiertas, de donde cuelgan las enredaderas. Quizás en esta habitación, si a eso te refieres, pero sería más complejo.

El ministro señaló el tocador que había estado registrando. Quedaban otros dos por revisar. En silencio, comenzaron a indagar por separado cada uno de ellos. Aparte de las prendas, resurgían varios objetos que habían sido olvidados o extraviados en el tiempo. Un cofre de botones de campaña. Un molde de chocolates petrificados. Chícharos atrofiados después de una vuelta a la lavandería.

Al final, sólo faltaba revisar debajo de la cama. Los dos se miraron directo. Levantaron juntos el colchón. La base permanecía intacta, repleta de polvo acumulado por generaciones. Revisaron detrás de los cuadros, al igual que las paredes. No encontraron nada. Quedaron opuestos a cada lado de la habitación.

Ella tomó primero la palabra:

—Dame más contexto.

—Sólo es eso. Debe de estar por aquí en algún lado.

—Avisa a seguridad.

El ministro levantó la mirada. Elevó sus brazos y juntó sus palmas.

—Nadie ha ocultado nada. Planteé mal mi pregunta. ¿Dónde olvidas una bomba?

—¿Qué?

—Que he perdido una bomba.

—¿Cómo pierdes una bomba? ¿Por qué tienes una bomba?

—No es nada malo. Sólo me la han dado.

—¿Pero, por qué?

Lydia se recargó contra las persianas, eufórica. Se tapó la boca y se asomó por la ventana. Nadie parecía estar observándolos. Envuelta entre las telas, apretó los puños. Dio dos series de respiraciones. Con la compostura ajustada, le hizo una seña para que elaborara su respuesta.

—Esta mañana fui citado por un equipo del ministerio de defensa. Al parecer, era sobre un proyecto en el que habían trabajado bastante tiempo. Lo habían comenzado cinco ministros atrás.

Le mostró una caja que guardaba en el bolsillo.

—Es el último avance de la tecnología. Corresponde a un arma nuclear del tamaño de una píldora.

—¿Una píldora?

—Sí, de una píldora. Me la dieron con notable precaución en la caja, con la mano del general temblándole un poco. Dijo que “había llegado el momento” y que “era lo correcto en tiempos de crisis”.

Comenzó a razonar la situación.

—Ese hombre fumaba demasiado.

—Sí, eso creo. Hablaron sobre haber creado otra decena de ellas, pero las almacenarían en las bóvedas de la seguridad nacional. Sin embargo, consideraban que valía la pena que conservara una de ellas.

—¿Con qué fin?

—Por el aniversario del reloj del Apocalipsis. El boletín lo marcaba a ochenta segundos de la media noche, pero parece que modificarán la hora durante el congreso. Tenemos que estar preparados.

Ambos tomaron asiento en la alcoba.

—Nunca creí en las predicciones de antaño. —dijo observando la perturbada alcoba. Ninguno de ellos se miraba de frente—. La existencia de ese reloj tiene centenares de años. Está desactualizado.

—Lo sé, pero las naciones lo consideran un medidor importante —repuso el ministro mientras hacía nudos con las manos, hasta llevarlos a posiciones casi dolorosas—. Desde que expandieron su escala a nivel internacional, ha tenido esa relevancia.

—Y ahora estamos alojando la conferencia en el ministerio.

—No le pertenece a una nación en específico. La tradición de alojarla en distintos lugares se ha practicado a través de dos regímenes mundiales. Me parece que todo inició con otro.

—¿No podrías hablarlo con el parlamento? —inquirió Lydia, enderezando su espalda. Desde que había adoptado aquel puesto, su cuerpo tenía la tendencia de ponerse rígido cada vez que se acercaba una declaración sensible.

—Me pidieron que lo mantuviera clasificado.

Permanecieron sentados. La escala de la palabra nuclear había sufrido múltiples mutaciones a través del tiempo. La frecuencia de su uso continuaba decreciendo; los sentimientos que la rodeaban permanecían intactos. Aunque el mundo había dejado de cultivar su energía, no había dejado de refinar sus armas. Había otras naciones que afirmaban tener el poder suficiente para despegar todo un continente.

Se veían forzados a partir al evento. Mientras abría la puerta, él pensó en un lugar en donde pudiera estar la pastilla. Quizás podría haberla dejado en los baños del comedor, donde acostumbraba tomar sus medicamentos.

—Pero ¿qué si me la he tragado?

—¿Se activa con el movimiento?

—Es muy volátil.

—Pero no ha detonado. Estarás bien.

Separaron sus caminos, y ella se dirigió al congreso.

Al llegar a la sala, la acomodaron en un palco. Aún había asientos desocupados en el lugar, pero los exponentes ya estaban sobre el templete. Varios representantes de televisión nacional abarcaban las filas descendentes, al igual que gigantescas cámaras instaladas en las esquinas del recinto. Al poco tiempo llegó el ministro, aunque hizo saber desde lo lejos que la búsqueda había sido en vano.

Esperaron sentados sin intercambiar palabra, saludando ocasionalmente a las cámaras. Cuando algunos periodistas se hicieron paso hacia el ministro para interrogarle sobre diversos temas, este sólo contestó a las preguntas sencillas, con la mirada y el pecho dirigido hacia lo alto.

Él retomó el habla primero:

—Siento que estamos al compás de un metrónomo.

—¿Cómo es eso?

—No hace ningún sonido, pero se mueve más rápido.

Ambos rieron de sus comentarios. Hablaron de otros temas del día: del mareador color de los pasillos, del impredecible comportamiento de las mareas; incluso llegaron a discutir sobre los objetos que habían resurgido durante su búsqueda por la pastilla. De todas aquellas pláticas, la presión resultaba igual a un día promedio. El temor a que todo volara en cualquier momento no era un sentimiento al que no estuvieran acostumbrados.

Se dio comienzo al congreso. Después de extensas introducciones y preámbulos, se presentaron múltiples cambios en el boletín. Se habían discutido las implicaciones de continuar con las añejas ideas de un reloj atemporal. Existía el sentimiento de frustración ante el estático movimiento del minuterero, cuyo rango había estado estancado en el lapso de veinte segundos durante más de cincuenta años.

El reloj del Apocalipsis fue transformado en un cronómetro, dividido entre años, meses, y días. El conteo había sido ajustado adecuadamente a partir de la creación de la primera arma de destrucción masiva. La positiva recepción de los asistentes fue auténtica. Aquel día los argumentos presentados para respaldar el cambio fluyeron sin contratiempos. No hubo mención de los derrumbes de elevadores espaciales, o de la desaparición de plantas con uso recreativo. Se omitieron eventos como el enfriamiento de la atmósfera, o la reintegración de especies al océano Atlántico. No hubo objeción alguna; la audiencia concluyó con anticipación.

Ante todos los problemas que acaecían a la nación, la primera dama y el ministro durmieron tranquilos por esa noche.

Poniente

Salk estudiaba los intrincados patrones del artesonado. Adornado por múltiples marcas en forma de estacas, la mayoría de ellas estaban intersecadas por una diagonal única. Existían trazos de diversa simbología: estrellas con extremidades deformes, cruces encorvadas, e incluso lo que parecían ser dos esferas acompañadas por un rectángulo alargado por en medio; todos ellos agrupados de manera asimétrica. Además, quedaban las firmas de los autores, ocasionalmente tachadas y reemplazadas por el nombre de un bando contrario. El único elemento ajeno era una pequeña grieta que se extendía de manera recta entre las ilustraciones.

Aquella obra colectiva se mostraba grabada en el lienzo del cemento armado. Desde el pequeño vitral que alumbraba la habitación en lo alto, la densa luz dorada del amanecer saturaba la superficie de los patrones. Cuando el huésped se alzó para observar el exterior, se percató una vez más del evento.

El sol amaneció en el poniente.

Ya estaba acostumbrado. Su interés residía en descifrar el por qué el techo se encontraba atiborrado de garabatos amenazadores en contraste a las paredes vacías, o aún más importante, cómo resguardarse del reflejo metálico proveniente de las rejás a su costado que lo deslumbraban. Encontrarse cautivo no era entretenido en sí mismo.

Cuando la luz se disipó un poco, intentó echar una mirada al exterior. Desde esas horas se escuchaban los ya cansados cantos de las multitudes que se arremolinaban afuera. Apenas alcanzaba a ver las primitivas formas de las pancartas, incapaz de leer su

contenido. Lo poco que divisaba lo hacía de puntillas.

El huésped no era suficientemente alto como para asomarse por completo. Resultaba una desgracia que la habitación no contara con muebles que pudieran ser de su uso.

Un portazo se expandió a través del pasillo principal. Salk creyó ver una figura que se desplazaba hacia él en reversa. Después de doce pasos en sentido contrario, un hombre de traje esperaba frente a las rejas.

—Buenos días —dijo Salk con tono amable—.

—Tardes —corrigió el hombre, metido en su papel—. ¿Salk, M.?

—Correcto.

—Buenas tardes, señor Salk. Mi nombre es Tomás Gallo. El congreso me asignó su caso. Verá, se ha presentado una oportunidad que podría serle de gran ayuda. ¿Está interesado?

—¿De qué trata la oportunidad?

El señor Gallo hizo una breve pausa.

—Debido a las circunstancias que implican su estancia en este edificio, me temo que no puedo detallársela sin su previo consentimiento. Disculpe las molestias que le puede ocasionar.

—Ah, ya veo —contestó con la mirada hacia el techo—. Entonces no la quiero. Aun así, gracias por su tiempo.

El señor Gallo se volvió algo incómodo:

—Debería sentirse afortunado. ¿Sabe cuántos recursos tendrán que ser destinados para reparar su desplante?

—¿Desplante?

Quizás debería verlo por sí mismo —contestó mientras apuntaba hacia el vitral—.

¿Sabe usted por qué otorgamos una vista exterior a los presos?

—Supongo que es para reducir los costos de atención clínica.

—Pierde el punto. Es una invitación para que reflexione cada una de sus acciones. Nuestros ideales como nación es que todos puedan ser libres, de una forma u otra.

—Vaya —dijo sorprendido—. Me parece ingenioso.

—Entonces, señor Salk, ¿Está dispuesto a colaborar con la nación y arreglar el desastre que comenzó usted mismo? Las segundas oportunidades para personas como usted son escasas.

Salk dio una última mirada al techo. Con una actitud rehusada, cambió su respuesta:

—Acepto.

—Excelente, señor Salk. Espero que colabore en este proceso. Estoy seguro de que querrá hacerlo.

Gallo abrió la puerta.

—Por ahora tiene derecho a hacer preguntas no relacionadas con la oportunidad. ¿Existe alguna? ¿Legalidades?

—De hecho, sí. ¿Tienen alguna banca, o camilla disponible?

—Con todo respeto señor Salk, si está usted atravesando algún tipo de demencia, más le vale que nos informe en este instante. En caso contrario, compórtese durante las próximas horas. Si todo sale bien, ya no será necesario que regrese a este lugar.

—Entendido.

—¿Y bien? ¿No quiere echarle una mirada al vitral?

—Ah, sobre eso. No soy suficientemente alto. Por eso preguntaba por la banca o camilla.

Gallo se llevó las manos al frente.

—Si mal no recuerdo, removimos los muebles para que los detenidos no vandalizaran el tejado. El mantenimiento de este tipo de paredes es muy costoso, por lo que les advertimos a los huéspedes que se abstengan de ilustrarlas. —Se inclinó para observar

el techo—: Aunque algunos graciosos decidieron hacerlo sobre sus cabezas. Es hora de irnos.

El hombre en traje escoltó al huésped a través del pasillo. El resto de las celdas permanecía vacante. Debido a la escala de la situación, resultaría impráctico hospedar a cada uno de los cómplices involucrados en los actos cometidos por Salk. El exiliado huésped dio una última mirada al bautizado artesonado. Justo como lo había sospechado, la grieta continuaba reduciendo su tamaño. Cuando abandonaron el edificio, otros dos hombres les esperaban impacientes en la recepción. Tomaron a Salk del antebrazo, y emprendieron una carrera al vehículo en el que se transportarían. A lo lejos, la furia de las multitudes que rodeaban el establecimiento se acercaba a gran velocidad. Vestían prendas antiguas, quizás en relación con la protesta. El detenido tuvo que abordar la camioneta antes de poder voltear a leer el contenido de sus pancartas. Arrancaron sin previo aviso, y con ello partieron con admirable inercia hacia su destino. El peculiar movimiento lo hizo sentir como si el vehículo avanzara en reversa.

Gallo, sentado junto a uno de los guardias, entregó una cantidad abismal de papeleo al detenido.

—Necesito que firme en cada uno de los incisos señalados —dijo mientras buscaba una pluma bajo su saco—.

Salk se vio en la necesidad de alzar la voz:

—¿Pero de qué trata esto?

—Fírmelo primero, le explicaré en un momento.

Salk recibió el bolígrafo e intentó echar una mirada a los documentos. Había tan poco espacio entre los contenidos, que los relacionó con el tejado de cemento al instante. El volumen del tránsito había convertido los gritos en el método más efectivo de comunicarse. La camioneta se sacudía cada vez que giraba; a

veces, llegaban a escucharse los reclamantes golpeteos de manos a los costados del vehículo.

—Vamos Salk, no sea tímido. Al menos escriba su nombre en la parte inferior de los papeles.

—Pero ¿cómo puedo firmar a los pies del papeleo si no lo he leído desde el inicio?

—¿De qué habla? Todos empezamos de abajo hacia arriba.

Sin cuestionar el fraseo del hombre, comenzó a firmar cada una de las hojas. Gallo prosiguió a profundizar en el tema:

—Ahora mismo nos dirigimos a la estación de radio nacional. Hemos encontrado un espacio en donde le entrevistarán con respecto a su trabajo, justo después del reporte vial. Esperamos que niegue cada uno de los apartados a cambio de su impunidad.

—¿Cómo dice?

—Que quedará libre de cargos.

—No, no puedo hacer eso. Ese estudio ya fue avalado y publicado.

—Por eso esperamos que el mismo autor lo desapruébe. Si no lo ha notado todavía, Salk, usted ha dejado grandes daños aquí afuera.

Salk estaba a una firma de devolverle el papeleo. Cuando Gallo se percató de que se detuvo, reiteró con firmeza:

—En realidad, usted ya no tiene vuelta atrás. De verdad, no me haga arrojarlo contra la multitud que le persigue.

Sin hacer comentario alguno, Salk terminó con las firmas. Debido a la fuerza que había necesitado para sostenerlos entre aquel caos, los documentos terminaron en un estado deplorable.

—¡Gracias por su reconsideración! —continuó Gallo—. Disculpe las molestias. Últimamente las protestas han dificultado el transporte de manera prominente.

La estación se encontraba en el punto más alto de un edificio color gris nauseabundo. Más allá de aquella antena que se prolongaba en su punta, las texturas del establecimiento consistían en una mezcla de ladrillos, obra negra, y plantas silvestres que parecían decrecer en tamaño. Los interiores, sin embargo, estaban estilizados con una elegante estética reminiscente del pasado, pero rebosaba de grietas.

En el estudio, la productora del programa le advirtió a Salk que su turno no se encontraba lejos. Lo habían hecho pasar a un camerino, donde un estilista le retocaba ligeramente su aspecto en el poco tiempo que disponía. El futuro entrevistado no prestó atención a su apariencia. Estaba pensando en por qué había un camerino en la estación de radio, a lo que Gallo le había contestado que era necesario para dejar evidencia fotográfica. Había una cámara almacenada en la misma habitación que funcionaba a base de rollos; estaba desempolvada.

Cuando el hombre terminó de dejarlo presentable, Salk quedó solo en el cuarto. Escuchó alarmas y otros cantos disipados en el exterior. Se asomó por la diminuta ventana que lo acompañaba. Las multitudes, curiosamente ahora con más energía, asediaban el edificio. Continuaba siendo incapaz de leer las pancartas, ahora debido a la distancia vertical que los separaba. Era lógico el por qué la productora le mencionó que la transmisión era inminente; sin novedades en el frente de las manifestaciones, el reporte vial sería bastante rápido.

El sol se encontraba alrededor del mediodía. Gallo, junto con la entrevistadora, le informaron todo lo que debía saber sobre el programa: el funcionamiento básico de las cabinas de radio, la clase de preguntas que surgirían durante la cápsula y, sobre

todo, el tipo de respuestas que se esperaban. Durante la entrevista, el hombre en traje lo supervisaría desde el lado de la consola. Sabía que tendría que negarlo todo.

—Sintonizando desde la radio nacional, tenemos información contundente respecto a las revueltas esparcidas por todos nuestros centros urbanos. El día de hoy tenemos como invitado en el estudio a Salk M., a quien se le atribuye la provocativa publicación que está causando confusión en el país. Buenos días, señor Salk.

—Buenas tardes, igualmente —contestó Salk un poco desubicado—.

—Días —corrigió la entrevistadora al levantar las cejas. Hizo un gesto para que Salk continuara hablando, pero no lo hizo. Gallo, recargado con una pierna contra la pared de la consola y con los brazos vagamente cruzados, mantenía una mirada firme contra él.

Con tal de contener el tiempo muerto, ella continuó hablando:

—Es un placer estar aquí en cabina con usted. Verá, señor Salk, es posible que usted sepa mejor que nadie que nuestra nación se encuentra oprimida bajo una semana de incertidumbre. El pasado veintiuno de junio la universidad local publicó un estudio que sacudió a las comunidades académicas. ¿Qué nos podría decir de este documento?

Salk quedó algo confundido. Durante su estancia en el otro edificio, tenía la noción de que aquellos últimos días habían sido los más cortos del año.

—Quizás han sido interpretados de manera errónea —respondió—. Siendo honesto, no creí incluso que su valor fuera tan penetrante.

La entrevistadora parecía más tranquila:

—¿Cómo es eso?

—Bueno, —continuó, ahora observando las reacciones de Gallo— cuando se hace un replanteamiento así, debe pasar a través múltiples filtros, o cuestionamientos externos. Pero este fue aceptado con extraña fluidez.

—Así es —asintió la entrevistadora al retomar la palabra—. Para aquellos que lo desconozcan —aunque lo dudo bastante—, el señor Salk realizó un descubrimiento íntimamente relacionado con nuestra percepción de la libertad. Aunque retrocedamos un momento: bajo los cargos de atentar en contra de los valores de nuestra nación, Salk fue declarado culpable ante el congreso. De ahí el debate entre nuestros ciudadanos preocupados por sus libertades, cuya disputa ha escalado en las calles.

Salk interrumpió la explicación:

—Sí, aunque hay algunas cosas que no son correctas del todo.

—¡Precisamente! Esperamos aclarar las dudas de nuestros escuchas y demostrar que todo esto es un gran malentendido. Entonces, señor Salk, en pocas palabras, ¿Cómo podría definir lo que propone su descubrimiento?

—En pocas palabras —repitió—. Bien. Imagine un cubo.

—Sí.

—Sabemos por sentado que esta figura tiene tres dimensiones: la altura, profundidad y anchura. Por eso decimos que es tridimensional.

—En efecto.

—En la vida diaria, los objetos con los que interactuamos tienden a esta naturaleza. Así que podríamos considerarnos como un punto que se desplaza a través de los bordes del cubo. Además, cada vez que nos transportamos de un lado a otro, requerimos de tiempo.

—¿Como peces en un tanque?

—Sí, algo similar. Sin embargo, como sabemos que estas dimensiones en las que nos movemos tienen forma —como el cubo—, significa que su figura es predeterminada. De una forma u otra, tiene límites, sea como sea la apariencia: cubo, esfera, o tesseracto. La entrevistadora tenía los ojos entrecerrados.

—De acuerdo.

—Entonces, sin importar su volumen o dimensiones, tiene un inicio y fin. Esto indica que el tiempo está preestablecido de manera permanente; es la medida de las proporciones del cubo. Si este no fuera el caso, el simple hecho de desplazarnos a través de él resultaría en la nada.

—Disculpe, señor Salk. Las personas ahora creen que esto prueba la existencia del destino, me incluyo a mí misma. Como si todo estuviese escrito y tan sólo leyéramos.

—En parte —continuó Salk—. Es posible que el tiempo tampoco sea creado ni destruido, sino que se transforme.

La entrevistadora retomó la palabra:

—Claro, esa es la raíz de la situación. Es tan sólo una teoría, no es algo que se debe de tomar a pecho. ¿no es así?

Salk tuvo que proceder de manera precavida.

—El dato importante es que se transforma.

—Pero ¿cómo? Para muchos, este documento dice que estamos forzados a caminar en línea recta. No nos da opción.

—¿Opción?

—Señor Salk, mi preocupación es que este supuesto descubrimiento nos dañe a todos, todo por culpa de desinformación. Afuera las personas pelean para que no les quiten la libertad. Esa idea violaría derechos. Nuestra nación está convencida que

todos deberían ser libres, de una forma u otra. Incluso los presos.
—Vaya, nuestras acciones ya están escritas, al menos en el futuro cercano. Todo lo que estemos por hacer en el futuro próximo ya está prestablecido.

—Usted está diciendo que no tenemos derecho a decidir. Que el albedrío no existe. ¿Usted cree en el *libre albedrío*, señor Salk?

—En parte.

—¿Usted cree en el *destino*, señor Salk?

—También en parte.

—Vamos a necesitar que sea más claro. La confusión es peligrosa. Eso me recuerda, señor, antes de que estuviéramos al aire, ¿No había una información que quería compartir con los radioescuchas?

Salk permaneció callado. Gallo hizo una seña a la entrevistadora.

—¿Qué le parece si hacemos una pausa? —continuó—. Podemos concluir este comunicado en cuanto volvamos.

La transmisión fue detenida. Gallo habló desde la consola:

—Tiene una única obligación. ¿Por qué todavía no lo ha negado? La locutora se ve forzada a perseguirlo.

—Disculpe —contestó Salk.

—Se supone que debe de retirar esa idea, no propagarla.

Salk observaba alrededor del estudio. Como lo sospechaba, las grietas habían reducido su tamaño. Parecía entender la naturaleza del cubo.

—Lo sé, aunque iría en contra del descubrimiento.

—De acuerdo. Si me lo permite, me aseguraré de que su habitación tenga camilla.

La transmisión fue reanudada.

—Hemos vuelto, señor Salk —dijo la entrevistadora—. Es importante reorganizarse en situaciones como estas. ¿Qué era lo que quería decir?

—Es para aclarar esto de una vez por todas. Hace unos momentos había preguntado sobre las transformaciones del tiempo.

—Es correcto, señor Salk.

—El tiempo se transforma. Cuando se viaja de un lado al otro del cubo, no es necesariamente de derecha a izquierda.

—Debo insistir, ¿Qué tiene que ver esto con los ciudadanos? Haré preguntas directas. ¿Existe el destino?

—Sí.

—Es suficiente. Algunos ilustres señalaron que su trabajo puede ser no más que propaganda enmascarada. Está arrebatando el valor más alto de nuestra unidad como nación. ¿A qué corriente ideológica pertenece?

—A ninguna. Resulta que ambos, destino y albedrío, coexisten en el mismo espacio. Las cosas que están por ocurrir van a pasar, pero las libertades continúan ahí. Nosotros podemos decidir hacia qué dirección nos desplazamos.

—Con todo respeto señor Salk, ¿Está usted pasando un episodio de demencia? Los radioescuchas estarían encantados de saber.

—Me temo que no.

—Habla con demasiada seguridad.

—Es porque nuestras orientaciones cambiaron después de mi juicio. Parece ser que varios cuerpos pueden moverse en direcciones opuestas en el cubo. Quizás ustedes estén en dirección medieval.

—¿Medieval?

—Se dirigen hacia atrás, en dirección contraria a la mía. Para ser honesto, no sé si incluso sea yo el que se mueve en dirección opuesta. Todo con lo que interactúo se mueve conmigo; al menos, por ahora, ustedes.

—Parece ser usted un enemigo del estado.

Salk dio una pequeña pausa.

—Felicidades, damas y caballeros: han negado tanto la existencia del destino, que lo han leído de abajo hacia arriba.

Salk se levantó con calma de su asiento, y se dirigió hacia la salida. Ninguna de las personas lo seguía. Las multitudes, para colmo, justo iniciaban el día para protestar en su contra. Sabía que debía dirigirse hacia el exilio. Quizás él era el que iba en reversa; pero ver cómo reaparecían las grietas sobre las superficies, y las plantas silvestres comenzaban a florecer entre más se alejaba, lo hizo sentir en calma.

Ese día, el sol ya no atardeció en el oriente.

Cirros

Reposábamos sobre las columnas que alguna vez se habían alzado sobre nuestros padres, bajo los blanquecinos cirros que sólo nosotros conocíamos desde nacidos. Un pequeño caudal se hacía paso a través del hundido pavimento, de donde las plantas se enraizaban en sus cavidades estancadas.

Ramsey, sosteniendo el aparato con una posición exagerada, acababa de alcanzar una revelación:

—¿Qué harías si tuvieras la oportunidad de pedir tres deseos?

—Por ahora te pediría que soltaras el objeto —le dije—. No sabes dónde pudo haber estado.

—Cálmate —repeló, poniendo los ojos en blanco—. Ya lo había tocado antes.

Permanecía parado sobre una pila de escombros, cuya altura se elevaba por encima de la madera hinchada en la que me situaba. La luz del mediodía se filtraba alrededor de su triunfante silueta, y esparcía un cálido color dorado sobre la pared empolvada del recinto. Las demás laterales habían colapsado en dirección a la calle.

Ramsey era meticuloso. Siempre se molestaba cuando se interrumpía uno de sus momentos de iluminación, aun cuando aquellas revelaciones le ocurrieran a diario. Quedaba indignado ante cualquier circunstancia que le impidiera continuar reconfigurando su mundo. Era una lástima que aquella cualidad no se extendiera hasta sus desgastadas suelas.

—Me daba la impresión de que no te gustaría tener la oportunidad de pedir uno —continuó—. Pero aquí estamos.

Ramsey me mostró el aparato. Tenía una forma rectangular, con unos cuantos milímetros de ancho. Había un solo orificio ubicado en uno de sus laterales más cortos. Los bordes estaban redondeados, y una especie de cáscara metálica protegía su base. Si su pregunta estaba relacionada con la función del objeto, estaba muy equivocado en cuanto a que fuera capaz de conceder deseos.

—¿Qué es eso? —pregunté, con el solemne objetivo de sacarlo de quicio—.

—Es uno de los artefactos arcaicos. Hace unos días lo encontré entre los escombros de este lugar. ¿No quieres usarlo?

Retrocedí un paso.

—Usar máquinas no es buena idea.

—Oh, vamos —dijo en un tono retador—. Tú siempre dices que el Viejo Mundo era mejor.

—Yo no digo eso. Eso es lo que dicen los adultos mayores.

—¿Entonces por qué siempre repites lo que te dicen?

—Porque es cierto —contesté, molesta—. Ellos vivieron esos momentos.

—Pareces estar muy segura de ello.

—¿Por qué crees que no hay ninguno de estos en el campamento?

—Sencillo, —dijo llevándose una mano a la barbilla—. Prefieren racionar la electricidad para las linternas, en vez de usar uno de estos de vez en cuando.

—Así no es como funcionan las cosas.

—También me han dicho eso los adultos. Es sólo que no repito todo lo que me dicen. Entonces, Ada, ¿No te gustaría probarlo por ti misma?

Creí comprender a lo que jugaba.

—¿Por qué me necesitas a mí, Ramsey?

—Sé que guardas algunas pilas en tu bolsillo. Supongo que las reservas para tu linterna, en caso de emergencia. Si me las prestas, podré prender el aparato. Lo único justo es que repartamos los deseos entre nosotros. Técnicamente, podemos pedir tres cosas en total.

Tenía mi mano dentro de mi bolsillo. Aun cuando sus argumentos eran elaborados, sus fuentes siempre eran cuestionables.

—Dudo que pueda conceder lo que buscas —contesté—.

—Algunos ancianos hablan maravillas de estas cosas en el pasado. Algo habremos de sacar de él. ¿Quieres aterrizar esto de una vez por todas?

Di una profunda respiración, y tendí mi mano.

—De acuerdo.

—¡Excelente! —dijo mientras se apoderaba de mis ahorros—.

Ramsey colocó las pilas dentro de un segundo aparato con forma cúbica. A continuación, extendió una peculiar cuerda que insertó en el orificio del artefacto. Dejó ambos objetos sobre una tabla cercana, y nos sentamos a esperar. La corriente adormecedora del caudal evitaba que aquella calma se volviera en una pausa incómoda.

—Imagina depender por completo de la electricidad —interrumpió—. No podría ser yo.

Decidí no contestar. Él ya se había acostado sobre la madera hinchada, y tenía la mirada dirigida hacia el cielo.

—¿Has visto esas nubes de allá? —continuó—. He escuchado a un anciano decir que se llaman cirros. Sospecho que su forma está ligada con el nivel de humedad.

—Ayer llovizó por la noche.

Ramsey tenía la tendencia a realizar hallazgos que ya habían sido descubiertos por otros en el pasado.

El artefacto desprendía calor de tal forma que apenas lo percibían los dedos. Observábamos con detenimiento su monitor frontal, que tan sólo exhibía una caja transparente sobre un fondo blanquecino. El interior de las máquinas no era elegante en ese sentido; después de todo, lo único que albergaba eran rectángulos sobre rectángulos, unos dentro de otros.

—Debería ser aquí —anunció Ramsey, con los ojos fijos en las descoloridas figuras—.

—¿Cuál es el siguiente paso?

—No tengo idea. Quizás deberíamos pedir cualquier cosa en voz alta.

—Después de ti.

Hizo una breve pausa:

—¡Deseo encontrar un amor!

—¿Qué?

—No tú, obviamente. Alguien más agradable.

Ramsey sacudió el aparato, pero no ocurrió nada. Después intentó repetir la petición varias veces, incluso levantando el volumen de su voz. Sin embargo, el artefacto no parecía escucharle.

—Quizás no puedes pedir eso —le dije levantando las cejas—.

—Espera. Creo que sé lo que ocurre.

Con mucho cuidado, dio un pequeño toque en la caja transparente. De repente, una tabla se dispuso a la altura de sus dedos. Cada una de las celdas contenía una letra distinta, además de unos cuantos símbolos que no reconocimos. Poco a poco, fue deletreando su deseo sobre las cajas. En cuanto terminó, el or-

den de los rectángulos se transformó en una imagen mucho más compleja.

Ramsey volvió a llevarse la mano a la barbilla:

—Bueno, ahora sabemos que sólo concede respuestas.

—¿Por qué demonios pediste eso? ¿Estás loco?

—Oye, habíamos acordado en esto.

Él ya estaba dando círculos con el aparato en mano, con una postura un tanto encorvada. Parecía estar bastante interesado en los contenidos que le mostraba. No estaba segura de querer acercarme.

—Esto es una gran idea —comentó—. Puede que incluso sea mejor que pedir deseos.

—¿Qué estás viendo?

—Una especie de boletín gigante. Te muestra cientos de personas que podrían gustarte, y puedes elegir a la que más te interese. Sólo me pide que inserte algunos datos sobre mí.

—Es increíble —dije, incrédula—. ¿Ahora esa cosa te hace preguntas a ti?

Ramsey hizo caso omiso a mi pregunta. Había dejado de toquetear el aparato; no obstante, su atención continuaba siendo usurpada. Sus ojos, rodeados de una repugnante luz electrizante, dejaban entrever a aquellas imágenes con las que interactuaba.

—Aunque hay algo extraño —añadió—: todas estas personas parecen vivir por aquí cerca. Sabes, Ada, quizás me lleve un tiempo darte el artefacto.

—Me das asco. Pensé que pedirías otra cosa.

Volteó a verme sorprendido:

—¿Cómo qué?

—No lo sé, ¿Zapatillas con suela?

—¡Oye!

—Cualquier otra cosa podría haber sido mejor.

—¿Cuál es tu problema, Ada?

Comenzaba a sospechar que si Ramsey permanecía demasiado tiempo junto al artefacto, podría hacerle daño. Además el sol estaba acercándose a su puesta, y pronto tendríamos que volver al campamento. Él no parecía mostrar interés en nuestro regreso. Sin haberme percatado, ambos estábamos caminando en círculos.

—No importa —contesté—. Deberíamos irnos. Es mejor que dejes el aparato aquí.

Ramsey dejó de caminar por un momento.

—Oh, ya sé lo que pasa. Le tienes miedo a esta cosa. Todo esto está relacionado con el Viejo Mundo.

—Al final del día, por algo lo perdimos.

—¡Eso es lo que tú no entiendes! —exclamó llevándose las manos a la cabeza—. Nosotros no lo perdimos. Los adultos mayores fueron los de la culpa.

—¿Por qué creíste que teníamos tres deseos?

—Porque la tecnología del Viejo Mundo era mejor.

—La tecnología del Viejo Mundo era terrible.

—¿Quién te dijo eso?

—¡Mi padre! —contesté—. Él llegó a vivir los horrores de ella, incluso antes del desastre que provocó el salto al Nuevo Mundo.

—¿En dónde demonios estaba tu padre? ¡Mis padres dicen lo contrario!

—¿Cómo?

—La tecnología del Viejo Mundo era mejor. Ellos dicen que había un sinnúmero de cosas que se podían hacer, a diferencia de este

—repeló—. Ni siquiera necesitaban estar juntos para hablarse entre ellos.

—¡Eres insoportable, Ramsey!

—¡El pasado era mejor!

—¡Estoy de acuerdo!

Quedamos confundidos. Para ese entonces ambos habíamos dejado de caminar. El flujo del arroyo continuaba sereno, y los cirros aún no obstruían la luz del día. Las aves comenzaban a buscar refugio entre los despedazados tejados de los edificios. Nada del último argumento tenía sentido.

—¿De verdad piensas eso del Viejo Mundo? —pregunté, intrigada—.

—De su tecnología, sí —afirmó—. Pero detesto lo que sé de sus etapas más viejas.

Intenté calmarme. Sólo había una cosa por hacer:

—¿Sabes algo? Utilizaré mi pregunta para asentar esto.

Tomé el artefacto de la palma de su mano, ahora más caliente que en el inicio. Las imágenes de las personas que Ramsey había observado daban una peculiar impresión de antigüedad. Sin pensar demasiado en ello, revertí la posición de los rectángulos a su orden inicial. Cautelosamente, deletreé la palabra “noticias” sobre la caja.

Esta vez obtuvimos múltiples respuestas. Todas estaban ordenadas por relevancia, acompañadas por subtítulos e imágenes. De acuerdo con la información que el aparato proveía, cada uno de los rectángulos tenía una edad mayor a la de nosotros. Poco a poco, fui deslizando las figuras mientras leíamos los contenidos. Había información de todos los rincones del mundo. Sus te-

máticas se expandían desde finanzas hasta naturaleza. Incluso existían apartados en los que las novedades no resultaban indispensables, como meros actos de entretenimiento. En las ciencias, se hablaba de vehículos que podían elevarse grandes distancias. Desconocía que fuese posible ir más allá de los cielos.

Nos topamos con algunos descubrimientos. Se hablaba de materiales que nos resultaban desconocidos, o iniciativas para erradicar algunos de ellos. Además, las temáticas relacionadas con la lluvia y el agua sobresalían con llamativa frecuencia, aun cuando no se refirieran necesariamente al crecimiento de la siembra. Se podían divisar anuncios que ofrecían la recolección de víveres sin la necesidad de acudir a un huerto.

—Parece que podían conservar alimentos por mucho tiempo — mencionó Ramsey—. Nosotros con suerte podemos mantenerlos fríos por unos días.

Él tenía algo de razón respecto a los aparatos. Algunas cosas parecían ser más sencillas con ellos.

—¡Ajá! —exclamó—. Ahí tienes otro ejemplo. Solían repartir medicinas en artefactos voladores similares a este.

Señalé otro de los rectángulos, cuyos subtítulos contrarrestaban su argumento.

—Lo hacían durante guerras.

Aquellos conflictos eran abundantes. Al parecer, tampoco era necesario confrontar a los enemigos cara a cara. Los éxodos forzados eran comunes, al igual que los desastres espontáneos. La pérdida de ciertos recursos esenciales resultaba inevitable. Un sinnúmero de cosmovisiones colisionaban entre ellas a la merced de la naturaleza, quien las cobijaba bajo un húmedo manto que poco a poco sumergía los pies de sus integrantes. El mundo jugaba a

un decadente juego recíproco consigo mismo.

Nos desplazamos precavidos, hasta terminar frente a las raíces de la separación de nuestros mundos. Las últimas imágenes mostraban centenares de ambientes inhóspitos, recubiertos por una inmensa tormenta que abrigaba los cielos. Los subtítulos que acompañaban a aquellas fotografías aseguraban que no se desvanecería pronto. Quedé horrorizada ante la última entrada de los rectángulos, cuyos titulares indicaban que el último gran conflicto entre las naciones era inminente.

—¿Qué tienes? —me interrogó Ramsey—. ¿Qué es lo que ves? El mundo no se asemejaba a aquel narrado por nuestros padres. —Todo apunta a que el último desastre lo ocasionó un artefacto. Dejamos el aparato sobre la tabla, y nos alejamos de él.

—¿Quieres hacer la pregunta restante? —preguntó—.

—Yo no.

—Yo tampoco.

El cálido flujo del arroyo continuaba sereno, mientras las aves cantaban sobre las puntas despedazadas de los edificios. La tormenta había arrasado con el pasado, y ahora nosotros gozábamos de los cirros en el cielo. El Nuevo Mundo no era tan malo, después de todo.

—Tal vez ambos mundos apestan por igual —dijo con la mirada perdida sobre la tabla—.

Ramsey tenía la tendencia a realizar hallazgos que ya habían sido descubiertos por otros en el pasado.

Permanecemos otro rato en el recinto, sin interactuar entre nosotros. Ambos jugueteábamos con los escombros ante nuestros pies. No obstante, cuando el sol se aproximaba a iniciar su descenso, decidimos volver al campamento. Caminamos sobre las

aceras humedecidas, evitando caer en alguna cavidad del pavimento hundido.

Ramsey no había hablado durante todo el trayecto. Se trataba de una conducta anormal de su parte, pero no quise preguntarle al respecto. Decidí voltearme para revisar cómo se encontraba. Fue ahí cuando me percaté que sus ojos estaban rodeados de una repugnante luz electrizante, cuya energía usurpaba su atención por completo.

No obstante, antes de que pudiese reclamarle, soltó el artefacto en el que había estado buscando un romance y pegó un brinco.

—¡Demonios! —exclamó—. ¡Todas estas personas están muertas!

Vacío prolongado

Durante el salto al vacío, la tripulación se vio obligada a dirigirse a las cápsulas del descanso prolongado. Descendieron cuidadosamente uno a uno, evitando pisar los encontrados pensamientos de los otros. El navío había quedado enredado al curvar las intangibles cuerdas por las que se desplazaba, y los tripulantes no tuvieron más opción que decirse adiós.

Fue cuando quedaban veinte segundos de oxígeno que Archivaldo de Luis, técnico encargado de los sistemas de hibernación, comenzó a hablar de su vida: los drásticos cambios de orientación escolar durante su juventud, su carrera militar fracasada, la experimentación de intereses recreativos, el viaje económico a la obtención de independencia, sus primeras ocupaciones como pasante, el primer encuentro con el amor de su vida, el camino a la obtención de trabajo, el aprendizaje tardío de su interés por las ciencias naturales, la odisea para encontrar su primer crédito, el establecimiento de su propio negocio, su primer noviazgo, la segunda experimentación de intereses recreativos, y la placentera experiencia de la proposición de matrimonio.

Años más tarde, la concepción de sus hijos, la obtención de su primer trabajo, el crédito empleado para el incentivo de su negocio, la fallida declaración a su amor de vida, el cambio constante de localidad para satisfacer las necesidades de sus estudios, la engorrosa relación de padres a hijos, la consecuente experimentación de intereses recreativos, la graduación de su carrera, la obtención de independencia eco-

nómica, y la fallida granja de mariposas, cuyos huéspedes nunca dejaron la pulpa.

Podría haber dicho muchas cosas más, pero honrando su habilidad para dejar las cosas incompletas, el oxígeno se extinguió primero.

Desgaste (o tres monstruos)

Las susurrantes paredes de concreto aún supuraban el polvo que continuaba filtrándose desde el incidente. El visitante, consciente de que podría no encontrar al personal de su interés en aquellas horas nocturnas, se adentró en las peculiares instalaciones del archivo, cuyas decenas de estanterías mostraban un deterioro despreciable. Aquellos documentos habían sido rescatados de la ocurrencia en un acto sobresaliente; no obstante, ninguno de ellos estaba siendo conservado de manera adecuada.

Continuó haciéndose paso por los estantes, hasta dar con el bibliotecario. Con un tono tranquilo, el hombre tomó la palabra primero:

—Buenas noches. Quisiera consultar un documento.

—Con gusto —contestó el bibliotecario mientras alistaba la terminal de su despacho—. ¿Sobre qué tema es el documento?

—Quisiera investigar sobre el incidente de la central.

El personal quedó perplejo. Sin embargo, guardó la compostura y especificó:

—¿Cuál está buscando exactamente?

—Cualquiera que se encuentre disponible. Datos, estadísticas, gráficos, cualquier cosa de la que disponga.

—Permítame un momento.

Al ingresar los datos en el ordenador, se percató de que la gran mayoría de los archivos aún no habían sido clasificados. Por lo tanto, decidió ejecutar una pequeña intervención:

—Solo tengo uno disponible. Es la colección hemerográfica, que recolecta los artículos de prensa local publicados durante el evento.

—Ese comunicado es de dominio público y conocido. Verá, tengo la necesidad de información un poco más específica, usted comprenderá.

El bibliotecario frunció el ceño.

—No le puedo ofrecer un documento que satisfaga sus necesidades.

—Bueno, aunque no sea de las especificaciones que busco, cualquier otro me vendrá bien.

—Le digo que no puedo ofrecer otro.

—¿Pero tiene más, cierto? —preguntó el hombre llevándose una mano a la barbilla—.

—No.

—¿Tiene la autorización para repartir otro?

—No le daré otro.

—¿Entonces, puedo asumir que usted me está negando el acceso?

—No es de su incumbencia. El día de mañana puede atenderle uno de mis colegas; por ahora estamos cerrados.

—Bien, entonces es por alguna razón personal. ¿De dónde nos conocemos?

—Necesito pedirle que se retire.

—¿Relación de vida diaria o trabajo?

—Por favor, retírese.

—¿Académico?

—¡Guardias! —exclamó el bibliotecario—.

—¿Qué dice?

—¡Seguridad!

El hombre respondió con serenidad:

—Digamos que seguridad no vino a trabajar hoy.

—¿Qué ha hecho?

—Nada en lo absoluto.

—¿Qué les hizo a los guardias?

—Nada.

—¿Los sedó? ¿sobornó? ¿mató? ¡Guardias!

Nadie se presentó.

—Le insisto que no. Desde que llegué, no me he encontrado a nadie en el complejo; tan sólo a usted. ¿Qué tanto le preocupa?

El bibliotecario se mostró tenso. Dio una corta respiración profunda, y volvió a posarse sobre su asiento:

—Disculpe, he sobre reaccionado.

—Ya veo. ¿Estuvo involucrado en el incidente?

—Atestigüé la onda expansiva.

El hombre notó las desdibujadas quemaduras en el rostro del personal.

—¿*Participó* en el incidente?

—Creo que no.

—¿Conoce a alguien involucrado en él?

—No, no lo sé.

—Recuérdeme, ¿qué fue lo que ocurrió en el accidente? Creo que todos lo sabemos.

—Fue una explosión en la central.

—¿Sabe por qué fue provocada?

—No lo sé, —contestó el bibliotecario sin observar al hombre—

¿Alguna falla en el sistema?

—El principio de los cultivos de energía cinética es que es completamente manual. Al lanzar un objeto a través del mecanismo, la fuerza del proyectil puede ser transformada en electricidad. Una persona debía de cuidar de la grúa que sostenía el objeto, cuyos adentros resguardan material volátil. Sin embargo, los testigos mencionaron algo sobre una criatura no identificada, me-

rodeando por la trágica escena.

El bibliotecario se inclinó frente al escritorio.

—Oh, por favor. No creerá en los avistamientos de las criaturas, ¿o sí? Sabe que ese tipo de reportes aparecen en momentos de estrés, como este.

—El constante roce del objeto degrada el mecanismo del sistema. ¿Quién dice que después de tanta repetición no se puede liberar algo más que energía?

—¿Sabe? Ese no es mi área de conocimiento.

—Y, sin embargo, este edificio se encuentra alumbrado a pesar de los cortes de energía consecuentes.

El bibliotecario retrocedió:

—Lo sé.

—¿Sabe quién era la persona encargada? Porque, al parecer, tuvo que salir de emergencia a algún otro lugar, y dejó encargado a otro empleado poco capacitado para el trabajo.

—Me inquieta decirle que usted suena como si ya hubiera leído el documento.

—Confirmándome usted la existencia de éste. ¿Sabe quién era esta persona?

—No.

—La catástrofe dejó diecinueve fallecidos, y en la escena eran veinte los presentes. ¿Cómo se llama el superviviente?

—No sé.

—¿Nombre?

—No lo sé.

—¿Quién es esta persona?

—Le digo que no sé.

—¿La conozco?

—¡No sé!

—¿Se acuerda usted que, hace algunos momentos, le había preguntado si nos conocíamos?

—Por favor, ¡Déjeme en paz!

—Creo que fue en la central.

—¡Déjeme! ¡Auxilio!

—¿Quién fue? ¿Quién lo hizo? ¿Quién ocasionó todo esto?

—¡Yo! ¡Yo lo hice! ¡Soy yo! ¡Soy culpable!

I. Primer monstruo:

Silencio.

—Le debería dar vergüenza.

—¿Cómo?

—Si dejara de sollozar, escucharía mejor. Desde luego, el tema no es de mi incumbencia. ¡Deshonroso! Patético. Inútil. ¿Tiene algo que decir?

—Máteme.

—No. ¿Cómo puede pensar eso? Ahora hay diecinueve almas habitando en usted. ¿Por qué no mejor les hace justicia viviendo una vida tranquila?

El bibliotecario recobró la compostura.

—No me haga que sean veinte.

Y el hombre, enfurecido, se fue.

II. Segundo monstruo:

Silencio.

—¿Por qué se considera culpable? Tan sólo fue un accidente.

—No lo sé, ¿Por qué me hace esto?

—Por desgaste.

—¿Desgaste?

—En efecto, por desgaste. Todavía no decido si en realidad se lo estoy provocando a usted o a mí mismo.

—Usted es un monstruo.

—Y me alimento de almas. Que pase usted buenas noches.

III. El monstruo entre nosotros:

Hubo un breve silencio.

—Está bien. No les diré a las autoridades, se lo prometo. Tan sólo tenía curiosidad.

Y en ese momento, el hombre se dirigió a la salida.

Parte II:
Tres planos

Nebulosa hemicránea

Veía una minúscula porción del cosmos, aunque permanecía estático. Al tallarse los ojos, el universo parecía contradictoriamente en un estado de contracción, debido a la dilatación y a las propiedades de tan magnífico telescopio. A su corta edad, gozaba de un espectáculo de luces. Ilusión o alucinación, las venas de la nuca se mostraban cargadas de la mayor exaltación que había experimentado, de un éter que sólo se extraía de los sueños. Haber sido opacado por la criatura fisgón era una de las mejores sensaciones que había conocido.

No obstante, resultaba ansioso de una respuesta:

—Cargas con un catalejo defectuoso. ¿Por qué?

—Es meramente un aperitivo. El dolor comienza después.

Y se disipó de su vista. Una molestia comenzó debajo de su frente. Quedó confundido respecto a lo que se refería.

Los collares llevan nombre

Jueves, 8 de octubre

Estimado Sr. Morales:

Reciba usted el saludo más cordial que le puedo ofrecer. Iré al grano, Sr. Morales; me voy a quedar con su gato. El minino siempre llega rascándome la puerta a mi departamento, y me preocupa el estado de conservación de esta. Verá, yo sé que, aunque vivimos frente a frente, Sr. Morales, no me conoce mucho, pero yo a usted sí. Conozco muchas de sus conductas vespertinas, y tengo una vaga idea sobre su ocupación. Pero conozco mucho mejor a su felino. Me he percatado de que el animal tiene collar, pero falta de placa. Es por eso por lo que de ahora en adelante me referiré a él como “El Negro”.

Como probablemente usted sabrá, Sr. Morales, El Negro es una criatura peculiar. No es brusco ni callejero, pero no es un empañoso. Él está ahí cuando uno lo necesita, si le quiere decir así. No reniega de atención cuando uno está ocupado, pero se deja mimar cuando uno convive con él. Incluso, llega a alertar sobre visitas inesperadas. Sí, lo dejo entrar a mi departamento, pero nunca por la puerta. Se niega a ingresar por ahí. Él se hace a mi departamento a través de las ventanas de servicio entre nuestros hogares, y pasa balanceándose por los alcantarillados. Es una gran caída, pero parece no importarle. Tan sólo no lo distraigo. Ya dentro, le sirvo un plato de leche y restos de pescado. Convenientemente mi sobrino maneja un restaurante de mariscos, y de vez en cuando se aparece a entregarme una despensa. Después

del almuerzo, veo un poco de televisión, o hablo largas horas por teléfono. Y son horas que pasa echado a mi lado, esté donde esté. Finalmente, antes de que usted llegue a su hogar (si es que llega) le abro la ventana, y El Negro vuelve a tambalearse por los alcantarillados.

¿Se da cuenta de mi punto? Él es un excelente acompañante. Paciente y manso. ¿Qué más le puede pedir a una vecina de la tercera edad?

Es curioso Sr. Morales, que me resigne a escribirle esta carta. Mi moralidad no me permite llamarle un “comunicado”.

Espero una respuesta,
Marcela Herrera.

Jueves, 15 de octubre

Estimado Sr. Morales:

Espero que se encuentre bien. El felino no ha cambiado su comportamiento, pero usted sí. Me parece incómodo recordarle, Sr. Morales, pero yo observé por la mirilla de mi puerta cómo llegaba a su departamento aquella noche y tomaba la carta anclada en el marco. Lo que sí me impresionó, sin embargo, fue el rostro que cargaba. Tantas emociones que compartir y tan poca boca para hablar. Ya había visto esos dos hombres por aquí señor, pero era de día, y seguido de esto amenazaban a la puerta y se marchaban. Incluso una vez tocaron a la mía, y con su mejor cara me preguntaron por usted. Pero antes de que pudiera decirle mi respuesta, observé un curioso bulto en su cintura, por lo que reconsideraré. Les dije que no lo conocía y que no lo había visto entrar. Parecían satisfechos de mi respuesta, me dieron amablemente las gracias y se largaron de ahí. Considerada su actitud, más extraña su forma de ser. Pero esta semana ha sido distinta. El martes, aunque usted llevaba más tiempo en su hogar que de costumbre, Sr. Morales, El Negro reposaba sobre mis rodillas cuando se puso tenso sin previo aviso. Alterado, se asomó por la rendija de la ventana de servicio, y en efecto, se quedó un buen rato observando, sin hacer el menor ruido. Movía su cola interesadamente a lo que observaba, pero se encontraba relajado. A mí, ilusa, me estresó verlo colgando en el alcantarillado, pero no le dije nada. En efecto, al asomarme por la mirilla vi que los hombres irrumpieron a su departamento, Sr. Morales. Parecía que tenían el tiempo contado, por lo que no tardaron en salir. Ya fuera, se marcharon apresuradamente, pero parecían insatisfechos. Desde entonces, no los he vuelto a ver. Ni a usted, en efecto.

Han pasado dos días, Sr. Morales, y sus desperdicios ya huelen desde el otro lado del departamento. Si el pestilente olor sigue así, créame que hablaré a la junta de vecinos. Pero por el momento, El Negro se queda conmigo. Ya no lo alimenta, Sr. Morales, y él ha perdido el interés en volver a su hogar. Ahora se queda todo el día conmigo, verá. De hecho, ayer le pedí a mi sobrino que le fuera a hacer la placa. Tuvimos una pequeña discusión, pero finalmente aceptó. Ahora es El Negro del 11.

Espero que no le incomode mi decisión, pero le pido de favor que me conteste en esta ocasión.

Atentamente,

Marcela Herrera.

Jueves, 15 de octubre

Estimada Sra. Herrera:

Puede quedarse con El Diablo. Sólo asegúrese de que ellos no lo encuentren.

Atentamente,

Morales Carnero

El nombre de abajo

Antes de continuar su viaje, el diablo le permitió al visitante hacer una pregunta:

—¿Qué horrores guardas detrás de aquellas puertas?

El diablo le contestó con sinceridad:

—Nada. Todo está frío y oscuro.

—¿Pero, qué no me habías relatado los niveles de tu mundo?

Mirándolo con una sonrisa descomunal, respondió:

—De invierno a infierno hay solo una letra de diferencia.

Índice

Proemio	8
Parte I: Recarbonización	13
Parte II: Tres planos	99



www.pech.icm.gob.mx

PRIMERA EDICIÓN

AÑO 2023

Los cuentos presentes en esta colección fundamentada en la realidad fantástica, pertenecientes a los géneros de la ciencia ficción y realismo mágico, se maquinan a través de escenarios extraordinarios: desde cementerios mecánicos y cosmos en contracción, hasta inframundos minimalistas.

Por medio de estos se comunican evocaciones significativas sobre lo que representa ser humano, y cómo otras entidades nos pueden sobrepasar en este ámbito. Turbulencias escamosas, pieles de huevo y amaneceres en el poniente son algunas de las circunstancias llevadas al límite que enfrentan los personajes de estos cuentos que van acompañados de problemáticas como probar la existencia de un fenómeno meteorológico o encontrar bombas atómicas del tamaño de una pastilla.

El común denominador de este conjunto es el conflicto respecto a cómo las máquinas, por ejemplo, pueden exponer nuestras cualidades humanas impactándolas positiva o negativamente. El desarrollo de una rehumanización a la par de la tecnología.



Colección
Soltar las Amarras

www.pech.icm.gob.mx

